

M I G U E L A M A D O

Democracia o Socialismo

C I U D A D D E P A N A M A , 1 9 3 5

Derechos Reservados

Impreso en los talleres de la Imprenta de La Academia

INTRODUCCION

Puedo decir con un orador francés que no publico este libro para acrecentar la pasión en los debates que nos preocupan ni la amargura en las diferencias que nos fraccionan. En un momento en que todo es dificultad, en que todo puede ser dañino, me sonrojaría si voluntariamente pusiese trabas al gobierno de mi país. Los panameños emprendemos casi sin advertirlo una solemne y decisiva prueba, cuyas repercusiones nadie logra prever: aludo al socialismo en sus numerosas variedades, que amenaza turbar con odios de clases y con hechos de sangre la majestuosa forma social de la República. Nuestros próceres la concibieron imponente y libre en el pasado; algunos de nosotros aspiramos a saludarla grande y floreciente en el porvenir. Otros parecen inclinarse por nuevas formas de gobierno. Procuraré, en lo que sobre las tendencias sociales tenga que decir, no apartarme pues de esta verdad: que en la época grave que atravesamos, si es necesaria la firmeza en los actos, necesario es también el espíritu de conciliación en las palabras.

Victor Hugo. Discours.

P R I M E R A P A R T E

I

SOCIALISMO Y CAPITALISMO

La creciente popularidad del socialismo en América obedece a dos causas principales: económica la una, psicológica la otra. No es sólo una tendencia por rendir homenaje a las baratijas que Europa nos exporta con medio siglo de retardo. Es sobre todo la forma política de la necesidad, que bajo el aspecto del hambre ha llamado a nuestras puertas. Disípanse así dos aseveraciones sustanciales. El socialismo americano no es la evolución gradual e inevitable del régimen capitalista. Su entronización, en caso de verificarse, no provendría tampoco del esfuerzo concertado de las mayorías.

En los naufragios acontece que los hombres, ofuscados por la general confusión, no se detienen a meditar sobre la cordura de asirse a una viga que flota. Préndense de ella con gesto instintivo, en su afán por aban-

donar la estructura zozobranante. También en las épocas de miseria observan un comportamiento parecido. Encomiendan a la fragilidad de una teoría, bamboleada por las olas de la vida, su seguridad personal. A la primera voz que se levanta, precipítanse; al primer sistema que se les expone, se aferran con ilimitada convicción, porque la angustia de sus sentimientos primitivos los ha convertido en niños grandes que todo lo creen y todo lo esperan.

Estos impulsos explican, a mi entender, la creciente popularidad del socialismo en Panamá. Los hombres que en los tiempos de prueba se mantienen dentro de los confines de la cordura, lejos de contentarse con indagar el origen del socialismo, deben intervenir en los debates públicos, para encauzar el país por los derroteros justos. Con razón escribe Martí que los pueblos han de tener una picota para quien les azuza en odios inútiles y otra para quien no les dice en tiempo la verdad. No en aceptar ni en rechazar de plano un sistema político-social estriba el talento, sino en medirlo y estudiarlo. Ensa-

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

yemos un análisis del socialismo.

Para formarse una idea cabal del sistema, leer "El Capital" o proclamarse a voz en cuello marxófilo, no es suficiente. Una persona que así procediera en las actividades ordinarias de la vida, pasaría por crédula. Seguir sin reflexionar; afirmar sin comprender, no es propio de seres racionales. Para profundizar en el socialismo se requiere, además, una preparación cultural de que carecen los improvisados. A un dominio de la historia, a un concepto claro de las etapas sucesivas de la civilización, hay que añadir la familiaridad con el pensamiento filosófico, que desde la conciencia en Sócrates, llega hasta el colectivismo de Mills a través de la voluntad de Kant. Y todavía la comprensión de estas cuestiones no será eficaz, si falta el conocimiento de las corrientes modernas con su significado profundo de victorias y fracasos. Como suplemento imprescindible vale por último el dominio de las necesidades del país, conseguido a fuerza de estudio, de observación y de experiencia. Proclamarse socialista o individualista sin acer-

tar los motivos, no dilucida nada ni perfecciona nada. Me mueven a risa los socializantes criollos, proclives a enarbolar pendones rojos tanto como a despachar palabras por ideas y utopías por realidades. Salud, ¡oh intelectuales **de avanzada!**

Es ante todo indispensable un acuerdo sobre lo que se entiende por capitalismo y por socialismo, para no extenuarnos en discusiones infructuosas. Me permitiré por consiguiente el lujo de la definición. Por capitalismo se entiende una organización **industrial**, en la cual los medios de producción — y principalmente, la **maquinaria** y los **fondos** para operarla— se hallan en poder de los particulares. Tal es la definición unánimemente aceptada e invariablemente reconocida por los economistas. No me siento dispuesto a transigir con quien intente modificarla, para que abarque también al régimen prevaliente en Panamá. Esta definición excluye toda posibilidad de comprendernos entre los países capitalistas. He aquí una verdad que se debe subrayar.

No es fácil definir el socialismo. Abun-

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

dan sus formas y sus teorías; impresiona su fauna. Se habla de socialismo anárquico y socialismo sentimental; de socialismo científico y socialismo de Estado. La verdad es que los socialistas discrepan entre sí. El socialista científico o marxista desprecia al socialista sentimental. Aun cuando el socialismo nos brinda galantemente numerosas variedades, todas se identifican, sin embargo, en un ideal común: en que los métodos de producción— y por consiguiente, el capital— se hallen en manos del grupo y no del individuo, para eliminar así la renta privada, el interés privado y el beneficio privado.

Es preciso anotar desde ahora que el socialismo acepta tácitamente los métodos del capitalismo moderno. No pretende depurarlos. No aspira a resolver los problemas internos de la industria y de la vida. Es simplemente una modificación, no una creación. Es una crítica, no una obra. El marxista pide que el Estado asuma la dirección de aquellas actividades que el sistema individualista adscribe al ciudadano. Con mayor respeto por el materialismo histórico, el

marxismo podría llamarse “capitalismo de Estado”. Yo sostengo sencillamente que si los métodos del capitalista son reprobables por inhumanos, también son reprobables, por el mismo motivo, en el Estado socialista.

El capitalismo es una de las formas evolucionadas del individualismo moderno. En el campo de la economía se rige por la ley de la oferta y la demanda sin intervención de otra índole. Algunos aceptan sin embargo que en determinados casos el Estado puede y debe intervenir. Otros economistas aseguran que la intensidad de la depresión de 1930 se origina en las intervenciones del Estado. Hacen observar que las barreras arancelarias precedieron a la depresión. Medidas de una u otra naturaleza sobre el oro, la plata, las exportaciones en general, fueron puestas en vigor en aquella época. La depresión que siguió, la cual en el régimen capitalista se repite periódicamente, habría sido menos intensa y menos larga sin estas medidas. En el campo político es de meridiana claridad que el individualismo brinda innumerables ventajas. La libertad

del individuo, para quien ser libre significa todo en la existencia, es su principio fundamental. Al fin y al cabo cada hombre está interesado en su propio yo antes que en los otros egos. Como no puede negarse tampoco que de las relaciones individuales broten responsabilidades colectivas, el individualismo llega, en su organización práctica, a una paradoja. Parecería que una doctrina sobre el individuo libre en sus límites extremos había de llevar al anarquismo o sea a la ausencia de gobierno; pero en la práctica el individualismo conduce a la democracia*, sistema que para preservar la libertad del individuo contra la dictadura de un hombre (autocracia) o de una clase (plutocracia y oligarquía), en vez de colocar un dirigente establece muchos. Por esto el individualismo con un sentido práctico de las realidades políticas, sustituye la falta de gobierno o el gobierno de uno solo con el gobierno de numerosos funcionarios. De esta manera impide la concentración del poder, principio de gobierno que el socialismo practica.

* Koigen. Die Kultur der Demokratie.

M I G U E L A M A D O

Por consiguiente desde su cuna el socialismo está destinado a instaurar una dictadura, ya formada por un individuo o por una clase. De modo que aún cuando sus defensores traten de ocultarlo, en el fondo existe una irreconciliable antítesis entre socialismo y democracia.

II

LAS JUSTIFICACIONES DE MARX

Tres son las justificaciones del marxismo. Sostiene como primera providencia que el individualismo enriquece a los ricos a medida que empobrece a los pobres. De esta suerte se llega a una época en que entre las dos clases media un abismo económico. Afirma también que la acumulación de capital trae una serie de crisis cada vez más ruinosas, las cuales culminan en un pánico general: éste es el momento psicológico en que el marxismo efectuará su ascensión al poder. Por último declara de la manera más enfática que sin libertad el progreso de los hombres es un mito. Yo voy a permitirme revisar dogmas tan cautivantes.

Los hechos, respaldados por los números, se han encargado de demostrar plenamente que los ricos se enriquecen cada día; pero han demostrado asimismo que los pobres mejo-

ran más y más su situación. Las comodidades de que disfrutaban hoy les eran desconocidas hace medio siglo. Ahorro a mis lectores la venganza de los cuadros comparativos y el suplicio de las gráficas antiestéticas. Me permito manifestar simplemente que la elocuencia de las cifras ha sido tan persuasiva en este caso, que dos socialistas tan eminentes como Bernstein en Alemania y Tugan Boronowsky en Rusia declaran sin rodeos: "lo que es este argumento hay que descartarlo".

El segundo dogma, que podríamos llamar la hipótesis cataclísmica, se esfuma ante los hechos. Fue promulgado por Marx entre los años de 1850 y 1860. El pánico de 1837 había resultado, en los Estados Unidos por ejemplo, peor que el de 1818. El de 1857 ocasionó pérdidas más extensas. En 1873 las predicciones de Marx amenazaron cumplirse del todo: la crisis de aquel año fue mundial. La depresión siguiente, ocurrida en 1884, no pareció, sin embargo, tan alarmante. La de 1894 fue tolerable; la de 1907 se consideró francamente benigna. Sólo en-

tonces comenzó a comprenderse el ciclo económico de los pánicos. La crisis de 1921 resultó más grave que las anteriores y la de 1930 alcanzó proporciones mundiales. Intercalados entre estas fechas de miseria corren períodos de prosperidad. Se trata de verdaderos ciclos, que se suceden los unos a los otros como las sortijas de una espiral. Hay en ellos sectores regresivos y sectores progresivos, de suerte que una era de bonanza prosigue a una era de depresión. Quienes temen que la prosperidad de 1929 no vuelva a visitarnos, ignoran la naturaleza de nuestro sistema. En el sistema individualista no pueden olvidarse las **fuerzas evolutivas** que garantizan su adelanto.

Estas fuerzas, que no fueron tomadas en consideración por Karl. Marx, explican satisfactoriamente por qué los Estados individualistas, a despecho de los pronósticos marxistas, continúan florecientes. Como tributo a la verdad histórica, vale anotar que el único país de Europa en que el socialismo ha logrado enseñorearse es Rusia, donde el capitalismo no prosperaba. ¿Dónde deja la

historia contemporánea el dogma marxista, que ve en el socialismo la evolución inevitable del régimen capitalista?

Hay otras críticas que hacer al concepto social de Karl Marx. La inmutabilidad de las clases sociales, condenadas a un antagonismo cruel — la una a explotar y la otra a ser explotada — es hoy por hoy una afirmación que no convence. La depresión de 1931 ha revuelto todas las esferas sociales, ha deshecho todas las barreras, ha confundido todas las subclases, hasta el extremo de desvanecer sus diferencias. Por lo general ha flagelado más despiadadamente a las más elevadas. La función niveladora de los pánicos ha sido una omisión imperdonable del marxismo. En ella reside otra de las fuerzas evolutivas con que el individualismo cuenta para regularse. Por otra parte, la gran industria en el Estado individualista ha llegado a ser, en verdad, la aplicación en grande escala de la ciencia. El golpe que se asesta a la industria, repercute desfavorablemente en la ciencia; y viceversa. Cuando las dos proceden mano en mano, la comodidad y

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

la seguridad de los hombres se consigue. Si el socialismo elimina la una, tiene que prepararse a prescindir de la otra. La importancia de la ciencia en nuestra vida diaria y en nuestra civilización pasa a menudo inadvertida; pero es fundamental.

III

CUESTIONES ECONOMICAS

Marx explica los fenómenos sociales basándose en la economía. Con el fin de corregir las diferencias que abundan en la sociedad, sugiere medidas de índole netamente económica; pero al decantar la preponderancia de la economía sobre otros factores, considera sólo un aspecto de la multiforme cuestión. Como asigna a los otros elementos una función secundaria, incide por necesidad en exageraciones. Atribuir a ventajas económicas la felicidad de los humanos, es en cierto modo apreciar groseramente nuestra naturaleza. No digo que la dicha de los hombres se condense en sufrir hambres y en torear acreedores; pero la eliminación del hambre y de las deudas no aporta más que una solución parcial. Poner énfasis absoluto en el aspecto económico revela al fin y al cabo la importancia avasalladora del di-

nero. La verdadera revolución vendrá cuando se inculque entre los hombres un ideal menos amarillo.

Alemán meticulado y aritmético, Marx carecía de la agudeza indispensable para hurgar en los pliegues del alma. Si en vías de discusión aceptamos su premisa, descubrimos que el Estado socialista evoluciona inevitablemente hacia el capitalismo. Las etapas del comunismo ruso no hacen sino corroborar mi tesis. Es en los postulados de los bolsheviki donde se han registrado los más radicales cambios de nuestros tiempos. Hoy en Rusia existe la pequeña propiedad, casi toda en manos de los koulaki. Circula la moneda. Adivínanse diferencias de clase, los Nep. Los vagones de tercera transportan multitudes andrajosas, que no por apretujarse y ensuciarse mutuamente, son admitidas en los coches de primera, de ordinario desiertos. La necesidad de creer en una fuerza superior o en una entelequia suprema se afianza con el tiempo. Si la religión es, como los comunistas pregonan, el opio de los pueblos, ¿porqué entre los campesinos

rusos va tomando incremento, junto con el culto ortodoxo, el culto de Lenín? La uniformidad de los sueldos, concebidos originariamente en proporción a las necesidades, sufrió desde el primer momento el más rudo embate. Por ley ineluctable los hombres habituados a rendir pleitesía a los factores económicos, anhelan poco a poco para sí lo que habían considerado hasta entonces como patrimonio común.

He razonado hasta ahora como si aceptara la premisa de las preponderancias económicas; pero el sentido común rechaza un postulado que desprecia las facultades más nobles de los hombres. Quiero detenerme un instante para rebatir, ante todo, otro dogma socialista — el origen de las guerras. A primera vista se diría que en efecto las guerras estallan por conflictos de intereses industriales o comerciales. La guerra de Troya se debió a la creciente rivalidad entre las ciudades de Asia Menor con las metrópolis griegas, no al rapto de Elena. La arqueología, con las excavaciones practicadas por Schumann, comprueba plenamente el he-

cho del incendio y la reconstrucción de la ciudad. Chile quiere Tacna como Francia quiere el Saar por sus yacimientos más que por sus tradiciones. No nos precipitemos, sin embargo. Los animales llamados inferiores, desde las diminutas hormigas hasta los majestuosos elefantes, combaten a menudo por motivos que no son económicos. El fondo de sus contiendas es siempre la conservación de la especie más que el instinto de preservación individual. ¿Y el móvil profundo de nuestras luchas es acaso diferente?

¿No podría la innata belicosidad de los hombres ser la causa del sistema capitalista, fruto de tantas transformaciones? ¿Qué es en el fondo este sistema competitivo, sino un incesante batallar? ¿En el estado individualista no libra cada cual una pelea por su existencia? A la ciencia corresponde, en todo caso, la última palabra. Escuchemos a Wilder*: “La ciencia, es decir, la ciencia positiva, nos enseña que si el género hombre no fuera combativo por excelencia y muy

* J. Wilder. On the beginning of man.

adaptable al ambiente, hoy apenas existirían nuestros esqueletos fosilificados. Especies más robustas, ejemplares más voraces, géneros más adaptables a las condiciones del medio, pronto nos habrían sustituido". Considerar pues que las guerras se remontan a determinado régimen no pasa de ser una conclusión superficial. Ha habido guerras dinásticas y guerras económicas; guerras raciales y guerras personales. Con razón ha dicho Voltaire que la suerte de un Estado ha dependido muchas veces de la buena o de la mala digestión de un premier. Naciones que no pueden clasificarse entre las individualistas, han emprendido luchas en grande escala. Los conflictos armados no pueden adscribirse al capitalismo moderno. Los Estados socialistas también han combatido en el curso de la Historia. Deploremos que por lo general han sido debelados.

Los socialistas más recalcitrantes se desgañitan vociferando contra el capital acumulado por una persona. Reconozcamos sin ambages que la concentración de capital en manos de unos cuantos ha ocasionado sufri-

mientos atroces. También ha dado origen a instituciones benéficas, científicas, filantrópicas. No caracteriza al individualismo un torpe arrebatar para después otorgar. La pobreza ha barzoneado su figura cadavérica por todos los regímenes: en Babilonia como en Galia; en la Rusia de Stalin como en la China de Lao-tze. La pobreza no es, pues, un privilegio del estado individualista; pero yo no quiero desviar la discusión sobre este punto. Reconozco que la acumulación de capital es un defecto que debe remediarse sin tardanza. Para ello el individualismo cuenta con fuerzas progresivas, las cuales le confieren su aspecto moderno. Entre ellas se destaca la facilidad de establecer un impuesto progresivo sobre la renta individual, que logre restituir a la comunidad parte de las fortunas fabulosas sin sofocar la iniciativa particular. Con sistemas parecidos se podría reglamentar el traspaso de las herencias lo mismo que las relaciones entre patrones y jornaleros. Pero sostener que la esencia del sistema capitalista, — el provecho legítimo, el interés legítimo, la ganancia legítima — no es más que forma atenuada de robo o de

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

rapiña, acusa ofuscación. Al fin y al cabo, sólo los que en una o en otra forma sirven a la comunidad suelen beneficiarse. Para los extremistas, la riqueza de Henry Ford lo señalaría como un ladrón inverecundo. El sistema capitalista lo tiene como un gran servidor. Sus ganancias son la recompensa de sus servicios. El lema de los rotarios—se beneficia más el que mejor sirve — adquiere caracteres de axioma.

IV

LAS VENTAJAS DEL SOCIALISMO

Tres son también las ventajas principales que según sus expositores fluirían del régimen socialista: la igualdad de los ciudadanos, la eliminación de los desocupados y el goce de la libertad. Vamos a considerarlas en su aspecto teórico, pues alguna luz pueden emitir; pero es aventurado juzgar los problemas políticos en abstracto. Rusia sería una revelación.

Proclamar que todos somos iguales ante la ley y el derecho no puede despacharse ciertamente como innovación socialista. Se hace hincapié, sin embargo, en la venalidad del sistema capitalista, donde no se **trata** lo mismo a los unos que a los otros. León Trotsky expresa gráficamente la situación cuando critica el uso que el capitalismo hace de la libertad de prensa en los momentos en que más se necesita: la suprime. Negar que en

el capitalismo ocurren injusticias y abundan atropellos, sería un esfuerzo de miopía. Con frecuencia acontece que en los tribunales se hacen sentir el dinero, la posición social y aún las amenazas. Concedida esta premisa, que es justa, quedaría por analizar el principio socialista de **tratar** lo mismo a los unos que a los otros. No vale la pena detenerse en él, pues encierra un despropósito palmario. Tratar lo mismo a buenos y a malos, a útiles y a inútiles, a laboriosos y holgazanes, a normales y anormales, no es igualdad sino desigualdad; no sería equidad sino injusticia.

Se aduce en favor del socialismo que soluciona eficazmente el problema angustioso de los sin-empleo. Que en Rusia el comunismo haya eliminado los desocupados, es cuestión de estadística. Proclamar que este sistema garantiza posiciones a todos los ciudadanos, puede ser una manera más o menos discutible de granjearle la más desinteresada adhesión. No es, sin embargo, el empleo en sí lo que ellos buscan, sino el empleo como medio de vivir sin privaciones. Vivir cómoda-

mente, he aquí uno de los humanos objetivos. Los marxistas afirman que el bienestar de los hombres se consigue mediante la ocupación de todos los brazos disponibles, porque así logran procurarse los alimentos, los vestidos, el calzado y el hogar que necesitan. Esta es una fórmula simplista ante la cual me rebelo. La felicidad de un hombre no es el contentamiento de un animal. Pretender que la ausencia de desocupados sea índice de dicha o síntoma de prosperidad, es un ultraje que se infiere a la inteligencia. En Louisiana no había desocupados: había negros. En Nínive no había desocupados: había hebreos. En Esparta no había desocupados: había ilotas. En Roma no había desocupados: había esclavos. ¿Qué es, al fin y al cabo, lo que hay en Rusia? Pronto vamos a verlo.

Un sistema político que en pleno siglo XX se concreta a brindar satisfacciones animales a los hombres civilizados, no es un destello de luz que viene a iluminarnos. El socialismo desprecia la vida intelectual y espiritual del individuo, en su afán por transformarlo

en simple instrumento, como un martillo o un motor, de la organización paquidermatosa que se llama el Estado. Meditemos el alcance de tan graves deficiencias, que nos hacen retroceder muchos centenares de años. En los tiempos menos adelantados de Aristóteles, cuando la humanidad no conocía los refinamientos de nuestra cultura ni el influjo saludable del cristianismo, los siervos pasaban a lo menos por “instrumentos con alma”. En Rusia hoy son apenas “utensilios”. Y paso en seguida al debate del punto fuerte del socialismo: la libertad.

La Historia dice que los salvajes, aún cuando convivían en tribus de naturaleza colectiva, jamás disfrutaban de libertad. Diariamente su vida individual crujía bajo una red de tradiciones y de costumbres, decididamente más duras que las leyes, puesto que nacían de la superstición, no del derecho. La tribu regulaba entonces prohibiciones y prerrogativas. El individuo no padecía necesidades, porque la tribu le facilitaba cuanto le fuese menester; pero tampoco desarrollaba su iniciativa, ya que el botín era patrimo-

nio de todos. Desde entonces comenzó la lucha de los más capaces por la libertad del individuo, lucha que puede seguirse paso a paso a través de la civilización. De modo que la popularidad del socialismo moderno es en el fondo la reacción de los menos capacitados.

La libertad individual se presenta bajo dos aspectos que podríamos llamar complementarios. El aspecto negativo implica la libertad de un individuo para no someterse a la voluntad de otro. En su resultado práctico, es la exención de servidumbre. Podríamos parangonarla con un sendero claro, despejado de obstáculos. Es la antítesis de la esclavitud. Sin embargo, para que la libertad sea total, falta todavía el aspecto activo donde caben los recursos que materializarán un deseo. En jerga de filósofos diremos que la libertad se completa cuando el individuo, exento de sujeción, dispone de los medios adecuados para alcanzar un fin.

V

LA LIBERTAD VIVE EN RUSIA

Cuando Lady Astor visitaba la Unión Soviética en compañía de Bernard Shaw, allá por 1921, arengó a los operarios: “Yo vengo” — les dijo — “de la Gran Bretaña. En mi país existe la libertad. Somos libres para ir donde nos plazca. Pude salir de Inglaterra para venir hasta Rusia a visitaros”. Alguien repuso: “Ud. tuvo libertad, Lady Astor, para venir hasta Rusia; ¿pero la tienen también sus empleados?”*

Ignoro la respuesta, si acaso hubo; pero interesa el argumento comunista. Si admitimos el estado de los servidores de Lady Astor, lo humano es igualarlos con ella. Si no podemos dar a todos libertad, darla al mayor número. En cambio el comunismo sigue

* Los rusos no pueden emigrar, la ley expresamente lo prohíbe.

otro criterio. Incapaz de lograr este ideal, reduce a Lady Astor a la condición de sus empleados; impotente para generalizar el bienestar, generaliza la miseria. He aquí lo que yo llamo el retrogradismo comunista.

Hablar de libertad en Rusia provocaría una sonrisa de ironía si no inspirara piedad. Las momias de los hombres congelados en Siberia; las mortajas de los fusilados en Moscú; las siluetas colgantes de los ahorcados, atestiguan en pleno siglo XX lo que es el derecho de reunión, el derecho de expresión, el derecho de pensamiento en la Rusia Soviética.

Transcribo en seguida algunos documentos oficiales rusos, publicados en 1921. He aquí la resolución que los impresores de Petrogrado pasaron por unanimidad:

“Nuestro trabajo dura hoy doce horas. Nos obligan a laborar por turnos en el departamento de papeles de la fábrica, sábados y domingos inclusive. Ni para las mujeres se hacen excepciones. Desde el 15 de agosto, el trabajo extra es obligatorio”.

¿Por qué no se hacen excepciones? Por-

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

que el Estado monstruoso, superpoderoso, desalmado, todo números y todo economía, empuja frenéticamente hacia adelante sus planes de producción. Son los métodos del capitalismo, que ni la opinión pública modera ni regula la ley. A continuación transcribo un párrafo de “El Metalúrgico”, órgano del gremio.

“En nuestra fábrica, la sumisión absoluta a los administradores de la planta ha sido establecida. Si no reportamos al trabajo, nos multan suprimiéndonos los alimentos extra. La misma pena se impone a quienes rehusan hacer el trabajo extra obligatorio. Cuando llegamos tarde, nos deducen la ración de alimentos por dos días”.

La tolerancia, virtud que caracteriza a nuestros regímenes, es vilipendiada. La disciplina colinda con la ferocidad. Veamos el informe oficial sobre la decisión del comisario del Comité Especial para los Ferrocarriles. Dice textualmente:

“Todos los huelguistas activos serán entregados a la Comisión Extraordinaria para que los condene a trabajos forzados”

¿Es éste acaso el consagrado derecho a la huelga? ¿Y qué hace la Comisión Extraordinaria? Bastante:

“La huelga ha terminado gracias a innumerables arrestos. Respecto de la suerte corrida por doce de nuestros obreros, no tenemos noticias. La Comisión Extraordinaria se resiste a informarnos. Nos imaginamos que los han hecho fusilar”.

Se dirá: de esto hace ya tiempo; son épocas pasadas. Pues bien, el cable que a principios de diciembre de 1934 nos informaba el asesinato de Sergei Kirov, al día siguiente añadía: “más de setenta personas han sido pasadas por las armas”. Poco después las víctimas excedían de ciento cincuenta. El escritor Radek, buen amigo de Stalin, se dió la molestia de explicar el motivo de las ejecuciones sumarias. “Las hemos realizado — escribe — “por puro amor al pueblo”.

Termino con la resolución que todos los obreros de Petrogrado aprobaron el 5 de septiembre de 1921 *. Es concisa.

* Citada por E. R. A. Seligman, Catedrático de Columbia University, Facultad de Ciencias Económicas.

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

“Hoy nos sentimos como si fuéramos reos condenados a trabajos forzados, donde todo se somete a reglamentos de hierro. Dejamos de ser creaturas humanas y nos han convertido en esclavos”.

VI

EL IMPERIO DE LOS INCAS

Dícese a menudo que el comunismo ruso brinda los primeros retoños del socialismo práctico. Sin necesidad de emprender excursiones peligrosas por los remotos confines de la tierra, aquí en América encontramos el imperio de los incas. Por su posición geográfica talvez, nuestras tierras han participado de innumerables transformaciones sociales. La pedantería de algunos alejandrinos ha pretendido desacreditar la civilización de los shyri, sólo porque los documentos escritos escasean; pero en el tesoro de sus leyendas y en el nombre de los quitus, perpetuado en una risueña ciudad, ¿no palpitan acaso pruebas irrecusables?

El régimen de los incas era fundamentalmente un patriarcado. Sorprende que haya podido desarrollarse y prosperar sobre una extensión de tan vastas proporciones, habitada por numerosa población. Aun

cuando los historiadores, amantes de embellecer el pasado, afirman que el gobierno de los incas ofrecía las características de una amable fraternidad, los estudiosos concuerdan en que impusieron la paz mediante sanciones enérgicas. La fama de su sagacidad como conquistadores perdura sin embargo, pues se abstuvieron de atropellar, cuando atropellar no fue estrictamente necesario. A las relaciones sociales prestaba particular encanto su refinada cultura. Entre las cuestiones políticas la más importante era el problema agrícola, que había sido resuelto de manera casi familiar. Las tierras, que pertenecían al Estado, se hallaban divididas para el cultivo en tres categorías: las tierras del Sol, consagradas a la religión y a su presupuesto; las tierras del Rey, consagradas al monarca y a su corte; las tierras del pueblo, cultivadas en comunidades o "mingas". Estas tierras se repartían proporcionalmente a las necesidades familiares de cada individuo. Por lo tanto, la extensión variaba con frecuencia. El derecho de propiedad era desconocido.

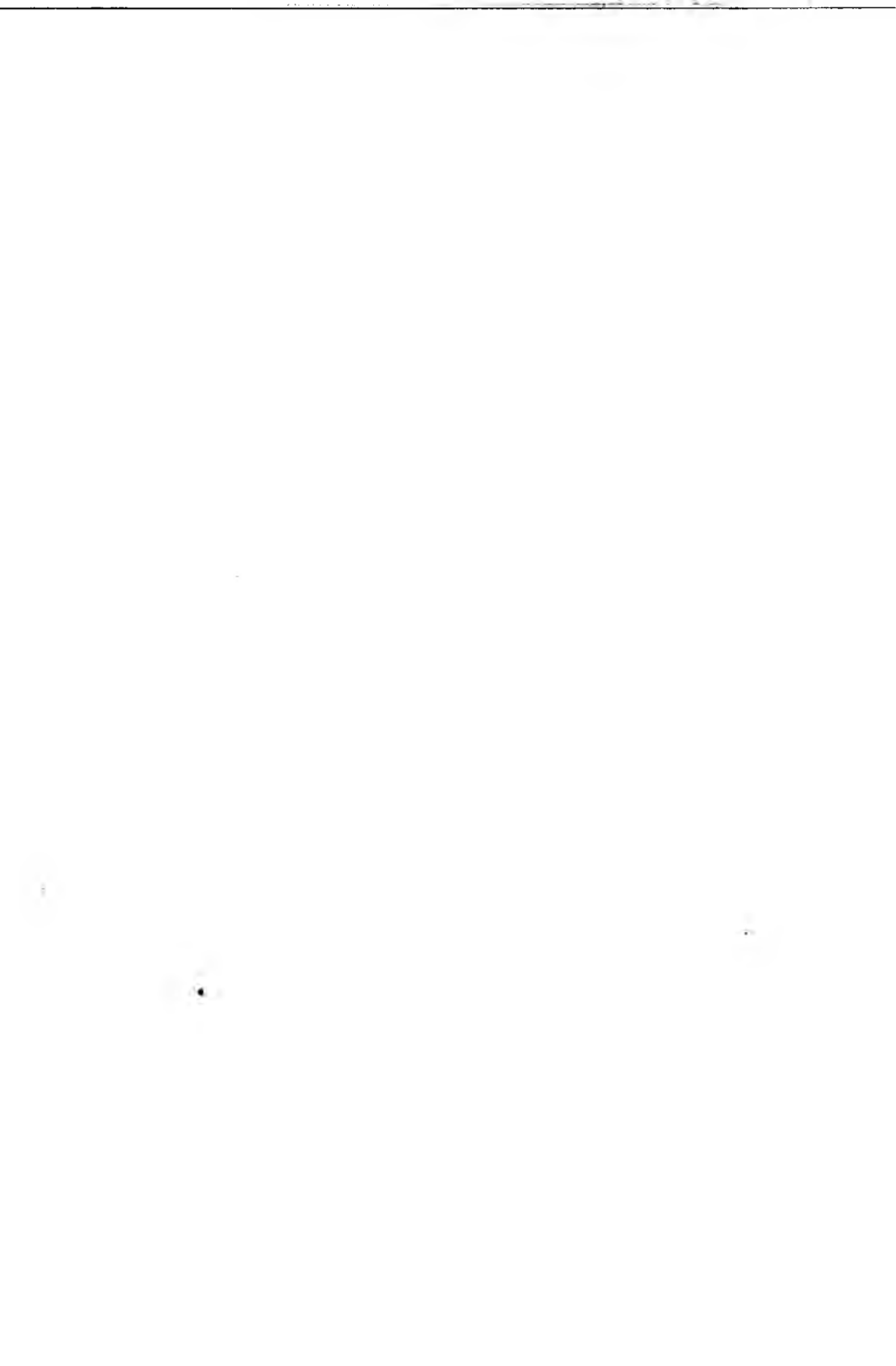
Todas las aspiraciones del socialismo moderno hallan en este régimen plena realización: la repartición agraria, la supresión de la opulencia, el desdén por lo superfluo, la propiedad comunal, la abolición de clases, el aumento racional de la población, la administración estatal, el trabajo por y para la comunidad. ¿Qué más podía desearse? El trabajo, lo mismo que el tributo, era obligatorio. El matrimonio, de libre selección, era de riguroso cumplimiento. En las épocas de carestía, los ciudadanos no sufrían necesidades, porque las trojes del Rey estaban a sus órdenes. En la prosperidad, las viudas, los ancianos y los inválidos eran aliviados con parte del trabajo colectivo.

Sin embargo, los aperos de labranza que se conservan hoy no denotan esfuerzo de innovación. Por el contrario, son monótonamente rudimentarios. Las comidas, a base de ají y de maíz, eran de frugalidad catónica. Los refinamientos modernos se ignoraban por completo. El ajuar de la casa se reducía a dos o tres esteras y unos cuantos cachivaches. Las llamas, los perros y los cu-

yes contribuían al bienestar general con su carne, su piel y su trabajo. Jamás cerrábanse las puertas de las habitaciones pintorescas, pues los emisarios del Rey intervenían hasta en los actos más insignificantes. Para colmo de fortuna, la borrachera era casi una virtud, que valía la pena fomentar.

Pronto sobre el Estado modelo se condensaron nubarrones alarmantes. Una raza nueva, de conquistadores pálidos, se abría camino trabajosamente a través de la espesura. Pero ¿qué temer? Las tribus salvajes de Centro América les habían opuesto una resistencia formidable. El terreno había que ganarlo palmo a palmo, mientras los ataques repentinos se aunaban a la insalubridad del clima para diezmar las tropas invasoras. Ante la pujanza de los colonizadores, se erguía una potencia aborígen. El Imperio de los Españoles bajaba a liza contra el Imperio de los Incas. La lucha se adivinaba sangrienta, prolongada, heroica. Los recursos impresionantes de cada nación se alistaban para el combate. La victoria vacilaba.

Al primer empuje de los españoles el esplendoroso imperio se desmoronó. Bastaron pocos encuentros para sojuzgarlo del todo. La creación de Manco-Cápac no pudo ofrecer siquiera la resistencia de las bravías tribus centroamericanas. La capitulación fue súbita, mansa, sorprendente. El coloso se reveló fragilísimo. Propiamente, no hubo lucha. ¿Queréis saber por qué? Os lo voy a decir. Los españoles encontraron una enorme agrupación gregaria, habituada a obedecer. El régimen de los incas había engendrado carneros. El sentimiento de la responsabilidad había desaparecido. La libertad tenía para ellos sólo un aspecto negativo. El espíritu de lucha no los fortalecía. No eran hombres de campaña. Por esto, del imperio de los Incas la Historia conserva solamente las tristes palabras de una india saragura: “chaupi punchapi tutayaca”, se opscureció en la mitad del día.



VII

EL KREMLIN, NIDO DE PALOMAS

Mucho se precian los ideales de paz que se albergan en los nobles pechos moscovitas; pero la palabra autorizada de Stalin puede ilustrar magistralmente su pacifismo. En el décimo-quinto aniversario del Ejército Rojo, pronunció esta memorable advertencia: “Si alguien se atreve a meter su hocico en nuestro jardín, le mostraremos lo que es el poder soviético”.

A consecuencia de su inmensa superficie y de su geografía, Rusia ha nutrido siempre la vaga seguridad que desempeña una misión divina con el resto del orbe. La naturaleza oriental de sus hijos tal vez contribuye a fomentar tal creencia. Nicolás I, no contento con los poderes ilimitados dentro de su territorio, trató de convertir su absolutismo en principio político de Europa. Cuando después de 1848 convulsiones sociales sacudían el Imperio Austriaco, Nicolás I despachó tro-

pas rusas para auxiliar al Emperador de Austria. Obcecados aún por el fulgor de una misión internacional, los cabecillas rojos se resisten a ver en la revolución de 1917 un episodio regional. A pesar de diez y ocho años de retardo, todavía la consideran un preludio de la revolución del mundo.

La convicción que acabo de exponer es un tizón más que enciende en los comunistas un fanatismo tan peligroso como el de los musulmanes. La preparación para convertir el mundo al comunismo procede en grande escala. Cuando se trataba de asuntos lugareños, el arma más terrible fue la Cheka de 1917. Años después se reorganizó bajo las iniciales GPU y últimamente Kirov la había relegado a un orden secundario; pero los jefes y el personal subalterno no fueron alterados. El jefe actual, Jagoda, leyó la escritura de europeización progresiva sobre el muro de sus dominios, porque hasta en un organismo tan típicamente oriental se realizaba un cambio hacia el progreso y la tranquilidad; pero Stalin, como de costumbre, era un enigma. Pensó Jagoda, no sin cierta razón,

que el dictador debía persuadirse de la necesidad del terrorismo para su personal garantía. Kirov encarnaba a su mejor amigo: ¿qué víctima más propicia? Entre los miembros de GPU eligió entonces a cierto Nicolaev, obscuro sicario que por motivos personales detestaba a Kirov. Se murmura que Jagoda le prometió inmunidad a cambio de cumplir su consigna el primero de diciembre de 1934, y la inmunidad le vino, por supuesto; pero en la forma menos simpática de una escolta roja que no perdió mucho tiempo en fusilarlo. Desde entonces Stalin ha abierto los ojos. La Cheka disfruta hoy de consideraciones y facilidades especiales.

Para los fines del pacifismo internacional, Rusia descansa en las bayonetas del Ejército Rojo, mejor organizado. El período de servicio cubre dos años enteros; pero la educación técnica se prorroga por veinticuatro meses en las fábricas soviéticas. Este sistema presenta la ventaja de transformar los soldados en especialistas. Ni los detalles menos ponderables se descuidan. Durante la instrucción mi-

litar, empírica y teórica, los soldados rusos disfrutaban de ciertos privilegios. Su salario es más alto; su alimentación es más nutritiva; gozan de pase libre a los teatros y a los cinematógrafos; son preferidos para los ascensos en la vida civil. El criterio para reclutarlos difiere también del que prevalece en otros Estados. Como la inteligencia es el requisito principal, la capacidad física va relegada a un orden secundario. Es natural, pues, que un número impresionante de aspirantes a soldados se halle siempre disponible. El criterio de selección hace que la flor y nata de la inteligencia rusa se concentre en el Ejército, con menoscabo de los otros departamentos. Estos hechos no impiden a los comunistas tropicales vociferar todavía que en Rusia no se toleran privilegios ni se sufre el “militarismo”.

Sin embargo, los datos oficiales de Alemania sobre el poderío militar de Rusia revelan un servicio de inteligencia excepcional. La fuerza rusa en la frontera de oriente se calcula en cuatro millones doscientos cincuenta mil hombres. “En 1934”—escribe la “Neues

Wiener Tageblatt" — "se manifestó oficialmente que el número de tanques ascendía a 280. En la parada del aniversario, celebrada el 18 de febrero, nuestro corresponsal contó mil seiscientas baterías que desfilaron ante la Plaza Roja de Moscú. Toda la artillería rusa dispone de motores. Los tanques más pequeños desarrollan una velocidad de sesenta millas por hora y presentan la conveniencia adicional de ser anfibios. Parte de la infantería está equipada con fusiles reformados, cuya carga se verifica después de ochenta disparos. Su enfriamiento es automático; peso, dos libras y media".

La potencia aérea ha sido objeto de adelantos espectaculares. Se estima que en 1934 Rusia disponía de cuatro mil quinientas unidades de combate; pero en 1937, cuando termine el segundo plan quinquenal, contará con no menos de ocho mil. Alguna consolación destila el hecho de ser el material de inferior calidad y la fabricación defectuosa. El mismo Stalin se encarga de informarnos, a título de estadística, que a principios de este año la Unión Soviética poseía 204.000 tractores,

de los cuales alrededor de 82.000 estaban descompuestos. Vladivostock, a rápido alcance de los centros vitales de Manchukuo y de Japón, es hoy por hoy la base más poderosa del Oriente. Se calcula que hospeda en sus hangares cerca de mil doscientos aeroplanos. Por otra parte, el Beresniki Khimcombinat fabrica gases asfixiantes en cantidad suficiente para convertir la Europa continental en un moderno cementerio.

VIII

LA FABULA ROJA

La propaganda soviética ha plasmado una fábula, la inefable bondad de los bolcheviques, que son como Jesús, mansos y humildes de corazón. Antes de dedicarles unas líneas, veamos lo que en general hacen los socialistas de otros lugares. Cito comentarios sobre los revolucionarios de Asturias. “Los comunistas saquearon los establecimientos y almacenes de toda clase en los pueblos donde se hicieron fuertes. Rompieron numerosos escaparates, llenándose los dedos con anillos”. ¡Admirables doctrinas! León Icha-so añade: “Estos comunistas proscriben el capital y la propiedad, de cualquier índole que sea. Pero se apoderan de la caja de un banco y en vez de depositar los quince o diez millones de pesetas que en ella encontraron para el servicio de la causa común, se los reparten entre ellos como algo exclusivamente

suyo. Con sobrada razón ha dicho un insigne escritor que en el fondo de todo marxista, hay un candidato a burgués”.

Cito al **camarada** M. N. Povrovsky*, historiador comunista, cuyos relatos ridiculizan el secreto de Estado, que bajo Nicolás I alcanzó proporciones absurdas. Entonces cada documento del Ministerio de Relaciones Exteriores, por trivial que fuese, exhibía el sello de “secreto” o “muy secreto”. La cuestión adquirió tan angustiosa extravagancia que se hizo preciso recurrir a otros medios para identificar los documentos realmente confidenciales. También los archivos de la burocracia soviética rebosan hoy de “secretos de Estado”. Un corresponsal que solicitaba el número de matrimonios y divorcios en la Unión, recibió el informe categórico que tal dato se hallaba entre los secretos. La misma respuesta le fue facilitada por el Comisariato de Relaciones Exteriores, cuando quiso averiguar el número de empleados subalternos en el Departamento de Guerra.

* H. G. Wells. ¿Quiebra de la Democracia?

Ya los periodistas han aprendido, a través de las más curiosas experiencias, que en Rusia la información más pueril puede hallarse rodeada por una barricada de secretos. Es sobre todo deplorable la falta de veracidad en los informes. Un periodista regresó de varios distritos de Ucrania y del Cáucaso del Norte, donde los funcionarios en el invierno 1932-33 confirmaban el testimonio de los campesinos, despavoridos ante la extraordinaria mortalidad ocasionada por el hambre. Llegado a Moscú, se dirigió al Comisariato de Sanidad con el fin de conocer las cifras oficiales. Oficialmente se le contestó: "Su pregunta nos hace reír. Por hambre no ha muerto nadie".

Vamos a comparar ahora, por mansedumbre y humildad de corazón, los utopismos de Jaurés, de Bakunin y de Polonsky con las hazañas de Fucks, de Clauzevikks, de Petrok, de Saenco y de tantos otros, que desde 1918 hasta 1924, por seis años consecutivos aterraron al mundo en nombre de la libertad y de la justicia. Los periódicos comunistas, tales como "Pravda" (La Libertad), "Krasnaia Gazet-

ta" (La Gaceta Roja), "Svernaia Kommuna" (La Comuna del Norte), "Zuaia Trouda" (La Bandera del Trabajo) etc., pintan la tragedia de nuestros pueblos si cayeran en lo que realmente es el comunismo. Entonces la práctica corriente consistió en fusilar a millares de arrestados, en grupos quejumbrosos de hombres, niños, mujeres, inválidos y ancianos. A raíz del atentado contra Lenin, la Cheka ordenó que cuantos revolucionarios se hallasen en poder del Ejército fuesen sometidos a tormentos.

No son historias fabulosas, tejidas para edificación de los burgueses, sino documentos auténticos tomados de los anales comunistas. Un periódico, "Obchtchee Dielo" — (27-VI-1921) — reproduce, por ejemplo, las declaraciones del camarada Longansk: "se le echó agua helada sobre el cuerpo desnudo; le fueron arrancadas las uñas con pinzas; le hundieron clavos a golpes de martillo y le tasajaron con una navaja de afeitar". El mismo órgano narra que en Simferopol el arte de atormentar recibió nuevo impulso, gracias a la aplicación de lavativas de cristal

molido y a la colocación, sobre los órganos genitales, de mechas encendidas. La necesidad creó en Tsaritzine métodos más fundamentales. El reo era extendido sobre una estufa candente, donde se le vapuleaba con varas de hierro incrustadas de púas “hasta crujir de huesos”. Averboukn dedica un capítulo de su libro a las torturas soviéticas: “cadenas, calabozos ciegos, apaleamientos, aplastamientos de las manos con tenazas, colgamientos, todo pasaba en la Cheka de Odesa”.

Concluyo con los documentos de la comisión Denikine, donde se describe la “ejecución ficticia”. El “condenado a la pena capital” era constreñido a excavar su propia tumba en el calabozo donde estaba. Allí se leía esta inscripción: yacen aquí siete cadáveres. En angustiosa y torturante espera transcurrían las horas del infeliz, hasta la noche en que el verdugo, aderezado para el acto, entraba en su celda. “Sal” — le decía — “llegó tu hora”. Desde el solitario patio donde era, más que conducido, arrastrado, asistía entonces a los preparativos de su muerte. Ora

entreveía la horca tenebrosa cuya silueta se dibujaba en la obscuridad de la noche, ora el pesado ataúd que había servido ya a varios centenares. Pero algo extraordinario sucedía de pronto para suspender la ejecución, cuando ya la víctima, muda de terror, tenía el nudo al cuello o los fusiles sobre el corazón. Vacilaciones, consultas, incertidumbre. Alguien se le acercaba misteriosamente: "Vuelve a tu celda. Parece que te van a perdonar." ¡Fugaces ilusiones! Al día siguiente se le informaba de su condena definitiva y por la noche volvía el verdugo para repetir la escena cruel de la ejecución ficticia. Por lo general los condenados no daban muchas molestias: fallecían antes de la cuarta humorada.

IX

PROBLEMAS NO RESUELTOS

En dos categorías pueden dividirse los problemas que el socialismo no resuelve: industriales y políticos. Los problemas industriales son, en cierta fase, problemas políticos. Trataré de revisarlos brevemente, sin preocuparme por distinguirlos en el fondo.

Un marbete llevan hoy todas las industrias: junto con la marca de fábrica va el sello indeleble de la especialización científica, la cual ha culminado en la división del trabajo manual y mental lo mismo que en el traspaso de la destreza del hombre a la maquinaria. La especialización industrial ha creado una serie de problemas nuevos, que por el hecho de transferir las industrias de manos particulares a manos oficiales no quedan resueltos. Son estas cuestiones de importancia capital, tanto para el desarrollo de la industria misma, cuanto para las relaciones que deben aunar el capital y el trabajo.

Estudiemos la especialización. Ella ha hecho posible que artículos de excelente calidad se produzcan a precios irrisorios. De este modo las clases más pobres disfrutan hoy de las mismas comodidades que los tiempos pasados reservaban a los grandes señores. La producción en grande escala, fruto de la especialización industrial, ha llenado los mercados de aparatos variadísimos. No existe solamente la baratura de los artículos que de otra manera costarían sumas elevadas: existe también la variedad. Los nuevos métodos de producción han facilitado a millares de hombres la oportunidad de participar en la industria y devengar altos sueldos. Se alega a priori que la máquina ha desplazado lentamente al individuo; pero la fabricación de la maquinaria, por un lado; la división del trabajo, por otro, han dado ocupación a millones de brazos. Por regla general en las industrias modernas el número de los obreros sin preparación especial sobrepasa varias veces al número de los técnicos. Artículos de alta precisión son fabricados por este procedimiento. En vez de un

zapatero que realice todos los procesos del oficio, hoy se pagan numerosos obreros, cada uno de los cuales desempeña un papel determinado. La producción se ha multiplicado; los empleos también. La habilidad ha sido transferida de los hombres a las maquinarias. La producción efectiva de zapatos, de relojes, de automóviles, de bombillos eléctricos, de radioreceptores, etc., está en manos de operarios que no son técnicos. Las interdependencias se acentúan, a medida que desaparecen los monopolios humanos. Hoy un hombre no posee todos los secretos de un oficio; recurre a los demás en busca de cooperación.

Fuera de estas ventajas en el nuevo estado, es justo aducir también los inconvenientes que se derivan. Los de más bulto residen en la desaparición gradual de los obreros versátiles y en la disgregación de los antiguos gremios. Los métodos arcaicos, al desvanecerse en la Historia, arrastraron consigo el andamiaje de los aprendices. La invención de las motonaves, manejadas por un grupo de personal adecuado, dió golpe de gracia a

los poéticos bergantines de antaño, tripulados por chusmas pintorescas. Aquí puede haber sentimentalismo; pero cuando estos marineros intentan ganarse la vida en otra actividad, se estrellan crudamente contra una situación no imaginada. Son versátiles en vez de ser especialistas y por consiguiente no logran colocarse a bordo. Sus competidores no dominan todo el oficio, sino una parte concreta y diminuta de él; pero la conocen a fondo. Por su parte, la especialización extremada expone a los obreros a penosas contingencias. Tan pronto como se introducen cambios o alteraciones en los procesos de fabricación, algunos son sustituidos o despedidos. Los inventos y las modificaciones, que sobrevienen de manera incesante en los regímenes individualistas, encarnan un enemigo para ellos. Los mismos problemas que rodean a los empleados, preocupan también a las compañías. Una fábrica altamente especializada tiene ventajas de toda clase sobre su competidora; pero en épocas de depresión suele hallarse a menudo en angustiosos aprietos. Acontece con frecuen-

cia que ciertas líneas de un producto pierden el favor del público por motivos diversos. La firma menos especializada es más flexible y por consiguiente se adapta con más facilidad a la nueva situación. La casa altamente especializada se halla prácticamente imposibilitada para proseguir la producción de las otras líneas.

Ahora bien, ¿ha llegado el socialismo a analizar siquiera estos problemas? No. Todos sus remedios consisten en poner en manos del Estado, vale decir de políticos, las organizaciones y los métodos que hoy se encuentran en poder de los particulares, precisamente porque han sido los particulares y no los políticos quienes los concibieron y los practicaron. Es patente que remedios tan simplistas no solucionan las cuestiones planteadas. Me esforzaré por demostrar, al contrario, que crean otras nuevas. Hace algunos años el zapatero confeccionaba los zapatos; el sastre los vestidos; el periodista los periódicos, sin recurrir a elementos auxiliares. Hoy el proceso de producción se subdivide, como hemos visto, en etapas diversas

que constituyen la división del trabajo. Los obreros realizan en cada etapa la labor estrictamente asignada a ella. La fabricación de un artículo queda reducida a una serie de operaciones sencillas, cada una de las cuales puede realizarla el obrero que en ella se especializa. Por consiguiente el personal técnico se reduce. De este principio general han brotado distinciones cada vez más minuciosas. La organización sigue las mismas normas. Las industrias se descomponen hoy en no menos de tres departamentos: finanzas, producción y ventas. Es frecuente, sin embargo, que el departamento de producción se subdivida en dos secciones principales, planes y fabricación, etc.

Se ha comprobado que la división del trabajo perfecciona la destreza del obrero, compelido a repetir continuamente la misma operación. Permite además que a cada cual se le asigne la actividad que más le agrade y donde por lo tanto más fácilmente descuelle. Facilita, como hemos sugerido ya, el empleo de millares de obreros que no son técnicos, pues en un plazo relativamente corto apren-

den a manejar la única maquinaria que se les confía. Se obtiene una economía portentosa, ya que el operario ni pierde tiempo en busca de herramientas olvidadas ni gasta energías en pasar de una a otra operación. La división del trabajo trae como de la mano un perfeccionamiento constante tanto en la fabricación de los artículos como en la fabricación de las maquinarias. El lema de todo administrador entendido es prestar la más solícita atención a las observaciones de su más humilde colaborador. Puede negarse, en cambio, que la división del trabajo ocasione también serios inconvenientes? Ejerce una presión nociva sobre la mentalidad del individuo, condenado a repetir monótonamente la misma función. ¿No coloca en un 80% tal vez, al obrero altamente especializado en manos del hombre que lo engancha? ¿Pero qué hace a todo esto el socialismo? Nada.

La conveniencia económica de los principios modernos que hemos esbozado, tales como la especialización industrial, la división del trabajo y el traspaso de la destreza, de-

pende también de la cantidad de artículos que es necesario producir. El socialismo pretende reducir esta cantidad a la cifra estrictamente indispensable. Tendríamos, en primer término, el alza en los precios de producción. Esta alza perjudicará naturalmente a las clases menos acomodadas. Ello acontece en Rusia. En segundo lugar, la calidad de los artículos sufrirá un molesto retroceso. Lo que los socialistas llaman “despilfarro” del régimen individualista, en cuanto a la industria se refiere, tiene su contrapeso económico. La experiencia, en un sentido puramente positivista, es dinero.

Por último vamos a discutir la ley de los ingresos decrecientes, que brinda diversos aspectos*. Ella actúa en los regímenes individualistas de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, con la cual algunos la confunden. Ella nos enseña que el socialismo estatal está condenado a mantener precios más altos que los estados capitalistas. No pasemos por alto, sin embargo, que también hay

* D. S. Kimball. *Industrial Economics*.

otros factores para complicar este problema, de suerte que toda predicción sobre el punto corre riesgo de resultar aventurada.

La producción moderna exige que los factores de importancia operen con eficiencia absoluta. Para ello los servicios de factores secundarios, manejados con cierta deficiencia, son indispensables. Recurriré a una ilustración. La capacidad productiva de un terreno es de importancia capital para quien lo explota. La abundancia de las cosechas (factor principal) puede aumentar mediante el uso de abonos, de personal eficiente y de maquinaria moderna (factores secundarios); pero estos aumentos no son ilimitados. Llegará un momento en que el terreno se resiste a producir más, a pesar de todos los esfuerzos. La capacidad de una turbina de vapor (factor principal) está dentro de sus dimensiones y de las leyes de termodinámica. Su rendimiento puede aumentar hasta cierto punto; pero no indefinidamente. Acrecentar la capacidad o la eficiencia de producción es un problema complejo. Cuando a un factor principal se aplican otros secundarios, el

factor principal ejerce una resistencia proporcionada para desarrollar su capacidad. Por consiguiente, aumentar su eficiencia no es sólo más difícil; también es más costoso. Por esto toda ganancia económica va acompañada por una pérdida correspondiente, que tiende a neutralizar el efecto de la ganancia. Esta ley no se aplica exclusivamente al personal o a las finanzas; se aplica también a la industria.

Supongamos que un agricultor posea una parcela de tierra, que él mismo cultive. Al emplear un hombre para que lo ayude, es probable que entre los dos cultivarán más intensamente el terreno, lo cual redundará en rendimiento mayor. Si alquila los servicios de otro más, el trabajo de los tres aumentará la producción. Si continúa por este camino, empleando hombres y más hombres, llegará el momento en que el cultivo es tan intenso, que un empleado adicional apenas produce lo necesario para pagar su jornal. De aquí en adelante, cada empleado nuevo ocasionará una pérdida, aún cuando su labor mejore en algo la producción total. Por último, lle-

gará la hora en que el cultivo sea tan completo, que ya el rendimiento del suelo no aumentará. Este ejemplo ilustra la ley de los ingresos decrecientes con relación al personal.

Con repercusiones más complejas, la misma ley gobierna las cuestiones industriales. El socialismo pasa por alto esta ley fundamental. El Estado se encuentra con una población determinada que piensa emplear en producir determinado número de objetos. Elimina el despilfarro — es decir, la experiencia. Destruye la competencia — fabrica mal. Se burla de la ley de la oferta y la demanda—eleva los precios. Olvida la ley de los ingresos decrecientes — mutila la producción. Yo pregunto: con la experiencia perdida, con la fabricación condenada, los precios elevados y la producción mutilada, ¿qué bienestar económico se puede alcanzar?

Nótese que no he orillado siquiera la repercusión internacional de estos problemas. Para eliminar el aspecto internacional sería preciso admitir condiciones harto improbables. Se necesitaría, en efecto, que todos los Estados de la tierra, sin excepción alguna,

fueran socialistas; y que además sus gobiernos marcharan en la más inverosímil armonía. ¿Nos alejaremos tanto de las realidades de la vida, hasta creer en semejante quimera? En el problema que estudiamos entra irremediablemente el factor internacional. El país que suministra materias primas está en condiciones de causar perjuicios considerables a la nación fabricante, por cualquiera de los medios que siguen: a) por demorar los despachos; b) por favoritismo hacia otro, suministrando materia prima de calidad inferior; c) por fluctuaciones en el cambio monetario. ¿Y qué hace sobre esto el socialismo? Nada.

Hemos constatado, al atisbar los problemas industriales, que son múltiples e intrincados; pero no es la carencia de técnicos, ni la capacidad de organizar, ni la escasez de materias primas lo que suele agravarlos. Es sobre todo la ausencia de hombres con visión y previsión, de caudillos industriales, que sepan encauzar, identificar y dirigir tan poderosas corrientes. La Rusia de hoy ha ensayado meterse a industrial en grande escala; pero

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

sus más violentos esfuerzos se estrellaron contra la falta de personal técnico. Ha sido para los rusos un escollo insuperable. Los países individualistas se han visto precisados a tenderles la mano. Rusia no ha llegado a producir, en tanto que el verdadero problema estriba en la distribución.

EL ESTADO, PROPIEDAD DE LOS POLITICOS

El socialismo hace que el Estado, en vez de mantener su papel de regulador de las relaciones ciudadanas, descienda al terreno de los particulares; y dejando de lado los escrúpulos y las libertades cívicas, arrebate al individuo sus actividades. Al estudiar las posibilidades del Estado moderno en este campo, asómase entre sus restricciones, como por sutil ironía, el principio marxista de la preponderancia económica. Vamos a admitir en seguida que la proposición socialista reúna todas las ventajas y carezca de todos los inconvenientes. La primera cuestión que nos interesa es ésta: ¿quién dirigirá el Estado?

Endeble o poderoso, el Estado a la larga es un instrumento de los intereses más fuertes. Tal principio lo ha establecido sólidamente Engels. Los que pueden enlistar en su fa-

vor los más vastos recursos para influir sobre la educación, la opinión pública y la elección de funcionarios, tienen en el puño las riendas del Estado, por mucho que se llame socialista o liberal. Esta situación demuestra la imposibilidad de suprimir las clases. Puede que no se distingan en capitalistas y proletarios aún cuando por proletario no se entienda el hombre con numerosa prole. Los nombres no tienen importancia. * Fundamentalmente habrá ciudadanos con poder y ciudadanos sin poder; habrá políticos y no políticos; y los primeros, desprovistos de experiencia y tal vez de inclinaciones naturales para la industria y el comercio, tendrán a su cargo en el Estado socialista la dirección de las industrias, del comercio y del país en general.

Por otra parte, aquellos que no participan de las prerrogativas partidaristas, recurrirán, como hoy, a la huelga, al boycott y a las cooperativas para imponer en parte sus reclamos. La historia de Rusia lo comprueba. Puede que los no políticos descubran, sin embargo, como han descubierto los rusos, que

el nuevo Estado no tolera huelgas ni boycotts. Terminarán entonces, como los moscovitas, burlados en sus más rosadas ilusiones, reducidos a servidumbre.

No podemos admitir tampoco que poner en manos del Estado los servicios públicos, la industria y el comercio, sea la solución más apropiada. Hay en primer lugar derechos individuales que el Estado no debe conculcar. No se puede restringir la libertad de expresión sin agarrotar el adelanto. Si en la Rusia zarista la libertad de expresión hubiese sido tolerada, es probable que las críticas de los obreros habrían cristalizado en una legislación más justa; y los obreros y los campesinos no hubieran reducido el país, en su rebelión de 1917, a tan deplorable estado. Al negárseles la libertad de expresión, se les condenó a ser revolucionarios. Por lo mismo, un Estado que conculca los derechos del hombre, vive mientras perdure la fuerza que lo sostiene; pero el fin es inevitable. Rusia ha logrado durar en su nuevo régimen, porque de los principios socialistas en que nació sólo conserva las apariencias. A menos que

vuelva definitivamente al individualismo, con sus principios vitales de libertad, el régimen de hoy desaparecerá. Las historias que se cuentan de prosperidad y de felicidad en la tierra de Iván el Terrible, son meras aspiraciones de algunos visionarios. El pueblo ruso sufre más que en los tiempos anteriores. Cruje bajo un despotismo cruel, bajo la carestía de víveres, la pobreza forzada y los planes ambiciosos que lo desangran.

XI

LO QUE OPINA STALIN

Superficialmente europea, íntimamente oriental, Rusia ha sido la cuna del despotismo; pero desde la revolución comunista de 1917, se ha extraviado además en un dédalo político y no logra orientarse. Se explica que no siga un plan completo. Ahora como antes, el pueblo gime en cadenas. El último de los Romanoff, Josef Stalin, dictador absoluto de todas las Rusias, se complace en el pasatiempo de todos los tiranos: dejar obras materiales, cuyo esplendor oculte gangrenas espirituales y morales.

Voy a describir, por su importancia histórica, las tres etapas que ha recorrido la revolución roja. De 1917 a 1921, durante cuatro años, se realizaron todos los esfuerzos concebidos para aplicar a la vida las teorías socialistas. La ganancia, el beneficio privado, en una palabra, todo lo que el socialista

llama la explotación, fue objeto de severas represiones. Como resultante de tantos experimentos sobrevino la guerra civil y un derrumbe general.

Ante el fracaso clamoroso de las fantasías socialistas, Lenin, estadista excelente, promulgó en 1921 otra norma de conducta. Al socialismo sucedió la Nueva Política Económica. Los rusos autorizaron entonces el comercio privado, guiñaron un ojo al capital forastero; alentaron la producción nacional. Pronto la economía da señales de estabilizarse; los koulaki se multiplican; y cuando todos los indicios presagiaban la aurora de una nueva época, acaece la muerte de Lenin. Su desaparición desata la más sórdida lucha, que no termina siquiera el día en que Trotsky empuña el Alpenstock e ingresa en las filas del turismo europeo, mientras los acordes de la Internacional saludaban la llegada del agricultor de Georgia, Stalin. La lucha de "intereses" políticos continúa en Rusia con igual furor aunque con menos ruido. Prueba de ello es el asesinato de Kirov.

El año de 1927, cuando se proclama el pri-

mer plan de cinco años, induce la tercera etapa de la revolución. No se trata ya de un régimen comunista, calcado sobre los modelos utópicos del socialismo. Aquello fue todo un cataclismo. No es tampoco una especie de semi-individualismo al alcance de los orientales. Es el más crudo e implacable despotismo, disfrazado con el ropaje seductor del proletariado. Stalin otorga a los rusos el inmerecido honor de tratarlos como fichas de su amplio tablero. Son sus maniqués. Los socialistas apellidan todo esto, pudorosamente, el despotismo de las masas. Es una frase.

¿A qué aspira el Estado ruso? Como primera providencia, busca el aniquilamiento del campesino, la estrangulación de los koulaki; quiere la metamorfosis de los rusos en agricultores supermodernos que operen máquinas impresionantes en fincas colosales. La producción industrial de Rusia también tiene que acelerar su ritmo. El plan de cinco años incluye la erección de fábricas inmensas. Los postulados del internacionalismo y del pacifismo han pasado, cargados

de buena voluntad y de polilla, a la sección de los archivos milenarios. No han sido rebajados al honor de las canastas, porque los agitadores de profesión aprecian su infinito valor de propaganda para engatusar a los ingenuos. Pero Rusia los desprecia. Stalin quiere producir lo que necesita; y si es posible, exportar. Se ve en la necesidad ineludible — frase de Litvinoff — de proteger sus **intereses**. Las cuestiones militares no han sido descuidadas. La estación hidroeléctrica del Dnieper es la más grande del mundo; ¿y el ejército ruso?

Stalingrado se extenuó en un esfuerzo tremendo por superar la producción Ford de tractores agrícolas. Pasemos a las estadísticas. En diez meses aparecen dos totales: tres mil máquinas fabricadas y seis mil accidentes. Los tractores resultan defectuosos por lo general. Su calidad es palpablemente inferior. Según el proyecto original, la fabricación debía ascender en esos diez meses a 35.000 aparatos. La realidad no es, pues, ni la décima parte de la utopía. El **camarada** Ordzonikidze rinde un informe explicati-

vo: "... patios atiborrados de material en desorden; contra-maestres e ingenieros que abandonan sus puestos; partida y llamamiento de convocadores sin reglamentación alguna; falta de normas de aprovisionamiento; dilución de responsabilidad en las secciones..." En una palabra, desorganización.

Hemos visto ya, sin embargo, que los problemas de la industria moderna no residen en la escasez de personal técnico, ni en la falta de materias primas, ni en la capacidad de organización; pero los bolcheviques no han logrado resolver tales puntos todavía. No veo pluma más autorizada que la de Stalin para sostener mi tesis. Escribe: "... faltan los cuatro quintos de los técnicos necesarios. Rusia ha cometido el error de no establecer una organización técnica. No podemos continuar así. De ahora en adelante, los que han recibido instrucción recibirán ventajas. Disfrutarán de puestos importantes, mejor remunerados y con prerrogativas. Les conferiremos autoridad absoluta. Hemos llegado al convencimiento que un experto que no es comunista vale más que

un comunista que no es experto”.

Después de observaciones tan justas, los ingenieros norteamericanos e ingleses invadieron a Rusia. ¡Quién diría que la patria de Lenin les deparaba privilegios en los sueldos, prerrogativas y conveniencias excepcionales! Como por fastidiosa ironía, Omodeo*, el ingeniero fascista que construyó el pantano de Tirso en Cerdeña, después de entonar tres alalá a Mussolini, partió para Moscú a encargarse de la más grande represa en el Dnieper. He aquí el gran mito de Rusia.

* E. Ludwig. Conversaciones con Mussolini.

XII

EL BALANCE DEL SOCIALISMO

No es cierto tampoco que el socialismo haya conquistado a Europa. Ningún país del viejo continente es hoy por hoy socialista. Los pocos que ensayaron el sistema, pronto tuvieron que abandonarlo, porque en la práctica los condujo siempre a esta alternativa: deficiencia económica o despotismo político. Si alguien osa disentir, lo compadezco porque es cuestión de historia contemporánea. Del marxismo pueden expresarse, aquí y allí, algunas críticas justas que endilga al régimen individualista; pero pensar en implantarlo como régimen de gobierno, es sencillamente perder el sentido de las realidades. Los países como Rusia que intentaron estrenarlo, son ahora testimonios imponentes de su descrédito. Ni Francia ni Alemania; ni Italia ni Inglaterra; ni Bélgica ni Suiza; ni Suecia ni Holanda ni Noruega son países socialistas.

Sensatamente se han contentado con enmendar los defectos del régimen dominante. ¿Y qué hemos de decir sobre los Estados Unidos, donde se han desencadenado, en los últimos meses, avalanchas izquierdistas? ¡Miseria de los juicios precipitados! Hay que anotar primeramente los excesos y los abusos del capitalismo en Norte América. La depresión de 1930 ha hecho necesarias una pausa y una revisión: funciones de la crisis económica, que Marx no comprendió. A menudo ha explicado el presidente Roosevelt que sus reformas no participan del comunismo, del fascismo o del socialismo sentimental. Tal actitud trasluce por lo menos el criterio del pueblo norteamericano, renitente a emprender cualquiera de estos experimentos. Raymond Moley, vocero de la Casa Blanca, así lo subrayó también en el Congreso de la Industria Americana, al afirmar que el New Deal es fundamentalmente un esfuerzo “para robustecer el capitalismo”. Por último, las desilusiones que los planes más dilectos de la Administración han sufrido, son verdaderas reivindicaciones del régimen individua-

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

lista. Uno de los medios a que se pretendió recurrir para disminuir la desocupación fue un proyecto federal para la reconstrucción de residencias. Con este fin se votó una partida de \$146.000.000.00; pero de los 39 planes aprobados, sólo 8 se hallan en vías de adquirir el desarrollo necesario*. Aun en los casos en que el Gobierno no aspiró a realizar la obra, sino a prestar simplemente el dinero, se han registrado demoras increíbles. En la ciudad de Nueva York, cuyo plan asciende a \$4.400.000.00, no se lleva a cabo trabajo alguno desde hace varios meses. ¿Por qué? Ruge una disputa entre dos gremios de obreros, cada uno de los cuales reclama el privilegio de realizar cierta parte de la obra.

* The American Exporter, 1934.

S E G U N D A P A R T E

I

SUR AMERICA

Para no referirnos a países muy diversos del nuestro, por tradición, por civilización y por necesidades, conviene investigar si Sur América después de la depresión mundial tiende al socialismo, tal como pretende Marx. Un ligero vistazo a los acontecimientos nos basta para afirmar que, exceptuando el fracaso por zanjar el litigio entre Bolivia y Paraguay, en 1934 Sur América se anotó éxitos de tal naturaleza, que hoy le permiten aviarse serenamente hacia su restablecimiento económico. La única nota discordante para el año que comienza es el conflicto del Chaco, que encendido en junio de 1932, alcanzó dos años después sus etapas más cruentas.

La política de "buen vecino", proclamada por el Presidente Roosevelt, ha levantado burbujas de simpatías en el comercio, en la industria y en las relaciones interamerica-

nas. Los estadistas del Sur, al emprender una serie de viajes intracontinentales, lograron tres fines prácticos: a) afianzar las relaciones; b) evitar la guerra entre Colombia y Perú; c) inducir la cuestión fronteriza entre Perú y Ecuador por las vías de un arreglo amigable. Y por otra parte, el recrudecimiento de las preparaciones bélicas en Europa, las sequías que flagelaron a los Estados Unidos y el ciclo económico de la prosperidad, mejoraron el precio de los metales, de los granos, del café, de los nitratos y de otras materias que constituyen el grueso de la exportación suramericana. Por consiguiente, el balance comercial ha sido favorable.

Es natural, por otro lado, que tanto los Estados Unidos como otros países (sobre todo, Japón) acrecentaran sus exportaciones al Sur, obstaculizadas en parte por las restricciones del cambio. Leyes para regular la economía nacional, plasmadas algunas según los patrones del New Deal y elaboradas otras según las normas europeas, entraron en vigor. Se firmaron más convenios interamericanos que en los años anteriores y se cele-

braron numerosos pactos con Europa. Los Estados Unidos adelantaron gestiones para firmar tratados de reciprocidad comercial, más por presión oriental que por repentina estimación: lo cual no excluye la importancia.

Los cimientos de la reconstrucción se echaron cuando el precio de las materias primas se elevó, ya que de su exportación Sur América depende casi exclusivamente. Brasil ha venido luchando por más de diez años con un exceso de café que le agobiaba. En 1934, después de quemar cerca de treinta y cinco millones de sacos, ha logrado reducir su existencia a proporciones casi normales. El precio aumentó, naturalmente, auxiliado por un dólar más barato y un milréis más bajo. También acrecentó su cosecha de algodón, que fue vendido sin dificultades a Inglaterra. En la actualidad considera una propuesta japonesa, mediante la cual el Mikado suministraría, entre otras cosas, los brazos que ahora hacen falta para desarrollar el cultivo de esta planta. Para Chile fue ayuda poderosa el alza de los precios del nitrato, re-

clamado a grito por los conquistadores de Oriente y por los disturbios de Europa. La demanda de metales le favoreció también, lo mismo que a Bolivia por el estaño y la wolframita. Argentina fue afortunada en extremo, pues las sequías del Norte no sólo elevaron los precios de sus granos sino que le permitieron disponer de casi toda la cosecha. Tal vez será interrumpido por un lector que me objete la discusión puramente comercial de estas cuestiones; pero puedo afirmar que a medida que la situación económica ha mejorado, la situación política se ha vuelto más estable. ¿Dónde está pues la necesidad del socialismo?

Uruguay ha mantenido sus relaciones amistosas con Rusia y ha consolidado su posición de centro de operaciones soviéticas en América*. Brasil promulga una nueva Constitución, que consagra el derecho de voto a las mujeres e instituye un consejo especial

* Casi todos los datos de este capítulo han sido tomados textualmente de "The Star and Herald", Panamá, 1935.

para guía del Poder Ejecutivo. El presidente de Colombia, Alfonso López, viaja por Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay, Estados Unidos, México, Centro América y Panamá. El presidente del Ecuador, elegido recientemente también, visita las repúblicas de Colombia, Perú, Chile, Bolivia y Argentina. El gobierno de coalición encabezado por el presidente Justo, realiza en Argentina ganancias de veintiséis millones de balboas con su monopolio sobre el cambio; y vende además los granos del país a un precio mínimo fijo que resulta en la pérdida insignificante de dos millones de balboas. En Chile se realiza, bajo el presidente Alessandri, la consolidación económica, particularmente plausible si se tienen en cuenta las condiciones que prevalecían hasta 1933. Aún en los países enardecidos por la guerra se anotaron hechos de interés. El estaño y la wolframita ayudaron a Bolivia en tanto que Paraguay impuso una nueva cifra en sus exportaciones de algodón. Una de las sensaciones del año fue sin duda causada por los japoneses, que ya el año anterior habían aumentado

sus ventas un 200%. Sobre todo en los países del Pacífico el Mikado obtuvo éxitos tan rotundos, que Inglaterra y los Estados Unidos han resuelto preocuparse. En el mercado mejor, Argentina, los japoneses no consiguieron, sin embargo, más que éxitos relativos: y anotemos en seguida el traslado de Mr. Wakabayaschi, habilísimo cónsul del Japón en Panamá, a Buenos Aires. Las gestiones japonesas para erigir establecimientos industriales en Uruguay fueron objeto de una recepción polar, por no decir rusa. En el campo de las deudas internacionales, dos naciones se destacan: Argentina, que durante la crisis mantuvo escrupulosamente el servicio de su deuda externa; y Venezuela, que no debe a nadie. Con excepción del Brasil, que puso en vigor un sistema de pagos parciales, las otras naciones se han mantenido todavía al amparo de la moratoria. Es necesario consignar aquí que Argentina, para robustecer su ya sólido prestigio, logró convertir viejos empréstitos externos e internos en otros cuya rata de interés es más baja para deshacerse así de una pesada carga.

No estamos revisando deducciones más o menos discutibles, ni teorías librescas basadas en estadísticas más o menos engañosas, como las que llevaron a Marx a proclamar la inevitabilidad del socialismo a raíz de una depresión mundial. Estamos en un plano muy distinto. Son los hechos fríos, con las realidades palpitantes de la vida, que hoy nos echan en cara una verdad. Después de la crisis, que es una confusión de valores, no sigue el socialismo, que es una confusión de intereses: viene la reconstrucción, viene el restablecimiento sobre fundamentos más sólidos, pues son más humanos. Para algo ha de servir la experiencia. Al repetirse la crisis, mejor se consolidarán los cimientos de la organización social, gracias a una experiencia más vasta. Por consiguiente, a medida que el socialismo se disipará como espantajo cada vez más remoto, el progreso de los pueblos, dentro de un orden más justo, quedará asegurado.

II

LA DEMOCRACIA

Del estudio que hemos cumplido hasta ahora, se desprenden algunas conclusiones que vale la pena resumir. Comenzaremos por señalar que el socialismo acepta las prácticas capitalistas, siempre que el Estado las ejerza. Vimos después que por transferir la dirección del comercio y de la industria al grupo o al Estado, no se resuelven los problemas esenciales. Por el contrario, nuevas e insospechadas dificultades se descubren. Ello sirve para demostrar que el socialismo **critica** los errores del capitalismo; pero no llega a rectificarlos. Los remedios que propone son más dañinos que los males. A pesar de sus protestas, en la realidad de la vida el socialismo estrangula la libertad del individuo. Por consecuencia, sofoca toda **tentativa de** progreso. Desde el punto de vista económico, cae en el error de generalizar la miseria en vez de difundir la riqueza. No se trata

de deducciones parciales, más o menos precisas, sino de meras estadísticas. La Historia nos advierte además que al enseñoreamiento del socialismo sucede el despotismo o la deficiencia. Repararnos en fin que el socialismo no encierra, como el individualismo, un caudal de fuerzas progresivas que le permita evolucionar constantemente para adaptarse a las necesidades nuevas. Este rasgo fundamental garantiza al régimen individualista una duración ilimitada, aún cuando sus formas externas se alteren.

El análisis de las corrientes que han ocasionado las alteraciones sociales corresponde a la Historia. Parece aceptable la idea de que nuestros países se hallan hoy en vísperas de una transformación. Los cambios pueden tomar un aspecto moderado como en Inglaterra o radical como en Italia. El ritmo en estas cuestiones no es lo esencial. Variantes de todo orden influyen sobre él, para acelerarlo o para retardarlo. Cuatro son, a mi entender, las líneas que la evolución de los pueblos ha seguido en sus manifestaciones políticas. Podrían constituir sin

dificultad la base para un programa de acción. Paso' a enumerarlas brevemente, en beneficio de aquellos que sueñan con las revoluciones de una hora o con los radicalismos de un sistema:

1ª — La evolución de los pueblos se basa en la experiencia, a la luz de la historia del país. No puede resultar de teorías cuyo corte es enteramente distinto del pasado.

2ª — Aprovecha los recursos físicos y geográficos de la nación, para el mayor beneficio del mayor número; no para el beneficio de una clase.

3ª — Es necesariamente eficiente. Su eficiencia redundará en servicio para todos. Amplias concesiones hace a la desigualdad de las facultades humanas.

4ª — Alienta la iniciativa individual. El individuo es el núcleo. No lo usa como fin en sí mismo, sino como medio para el bienestar de todos. Fomenta por consiguiente la personalidad.

Las transformaciones que ha sufrido el concepto de la libertad entre los pueblos, conducen también del concepto a la realidad de

la democracia. La naturaleza de la democracia puede comprenderse sólo a través de la antítesis entre ideología y realidad. La aparente contradicción, el antagonismo irreconciliable, la incompreensión que generalmente prevalecen en las controversias sobre la democracia, provienen del hecho que algunos se refieren exclusivamente a la idea en sí, mientras otros se concretan a la realidad en la práctica. Huelga decir que ambos puntos de vista son erróneos, pues ninguno concibe el problema en su totalidad. Cuando se trata de estudiar la democracia, precisa considerar la realidad iluminada por la ideología que sobre ella se yergue y la ideología en contacto con la realidad que la cimenta, como dice Kelsen.

En su esencia, la democracia es una forma de sociedad en la cual la voluntad colectiva que culmina en el orden social, procede de aquellos que precisamente están sujetos a ella: procede del pueblo. Democracia significa pues identidad entre dirigentes y dirigidos, identidad del sujeto y del objeto en el Estado. De especial importancia resulta el

pueblo como unidad*, ya que teóricamente por lo menos actúa como objeto y como sujeto del poder. No puede negarse, sin embargo, que la unidad del pueblo sea algo problemático. Las diferencias nacionales, religiosas, económicas y hasta étnicas son de fácil constatación. Podría admitirse que la unidad del pueblo existe únicamente como acuerdo a grandes rasgos en pensamientos, sentimientos y voluntades; pero desde el punto de vista jurídico, es perfectamente claro que existe el pueblo como realidad.

Esta ordenación jurídica que constituye el pueblo, realiza la unificación de una pluralidad de acciones individuales. En este sentido el pueblo no es un conglomerado de hombres, sino un sistema de actos personales regidos por la organización jurídica del Estado. He aquí una verdad que ha sido desatendida por muchos estudiosos. El hombre no pertenece, en la realidad de su existencia, con todas sus funciones y actividades, al

* H. Kelsen. Extractos de sus obras "Teoría general del Estado" y "Esencia y valor de la Democracia".

Estado. Son muy determinadas las manifestaciones del individuo afectadas por la organización política. La esfera más rica del hombre permanece forzosamente fuera de su influencia. No pasa de ser una peligrosa fantasía, sustituir una pluralidad de actos humanos por un conjunto homogéneo de hombres. Ello equivaldría a presumir que todos los seres humanos, los cuales pertenecen al pueblo del Estado en virtud de ciertos actos individuales prescritos o prohibidos por el orden jurídico, lo integren en su totalidad. Esta es la ilusión que Nietzche* destruye cuando señala al “nuevo ídolo” con las palabras: “El Estado es el más glacial de los monstruos. Miente fríamente, y de su boca sale esta falsedad: Yo, el Estado, soy el pueblo”.

Al estudiar de cerca los pueblos que forman Centro América, se notan diferencias más radicales todavía. Ellas explican su continua fermentación, la inestabilidad política que los caracteriza, la carencia de

* “Así habló Zaratustra”.

grandes artistas, etc. Su naturaleza menos elaborada y por consiguiente más voluble, pues se mueve siempre por impulsos y no por razonamientos, los arrastra a entusiasmos imprevistos y a odios inexplicables. El hombre que hoy es su ídolo mañana seguramente será su víctima. Con razón añade Gustave LeBon* que en las repúblicas centro-americanas imperan los despotismos más crudos. Ello no obstante, todos estos países se imaginan que los rige una organización democrática. El poder legislativo no es de ordinario más que un maniquí para satisfacer, guardadas las apariencias, los apetitos de los presidentes constitucionales que en la práctica gobiernan por sí y bajo sí. El poder judicial, separado teóricamente también como entidad independiente, viene a ser un subalterno sumiso del Ejecutivo. Por lo general las constituciones han sido calçadas sobre la constitución de los Estados Unidos de América. En ésta el llamado Chief Executive disfruta de poderes absolu-

* "Psicología de las multitudes".

tos. Aun cuando el pueblo norteamericano la considera como inalterable, la Constitución de los Estados Unidos no es un símbolo que se venera sin tocar. Una autoridad en el asunto la define como “la teoría corriente, en un tiempo determinado, de lo que debe y no debe hacerse bajo su amparo”. Sin embargo, el sabio sistema de “checks and balances”, el mayor desarrollo político del pueblo, las instituciones privadas de proporciones colosales contribuyen en forma tangible a restringir los excesos. En los pueblos de Centro América no actúan de manera palpable las fuerzas que acabo de enumerar. La historia contemporánea ha forjado la impresión errónea que los dictadores montan corceles blancos y visten invariablemente una camisa oscura. Se piensa que la dictadura implica coerción desconcertante, anti-parlamentarismo y que en una palabra es meridianamente irreconciliable con la Constitución. En el fondo de las cosas tal es ciertamente la realidad; pero en la vida rápida y compleja que llevamos, ni la coerción trasluce ni el parlamento deja de sesionar. Aquí aparece

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

una vez más la antítesis observada ya entre la teoría y el ejercicio de la democracia. Se-
mejante situación, precisamente porque dis-
ta del ideal, debe estimularnos para prose-
guir en la lenta construcción de un Estado
verdaderamente moderno, donde los indivi-
duos gocen de la libertad que hoy se pretende
disfrazar bajo diversos despotismos.

III

PANAMA, ¿RUSIA CHIQUITA?

Cabe preguntarse ahora cuáles son las admirables bendiciones que al decir de sus profetas el socialismo iba a derramar sobre los pueblos. ¿En Rusia ha logrado acaso desterrar la pobreza y ahuyentar la miseria? No. Son interminables las hileras de hambreados. La miseria y las enfermedades agobian a las multitudes. ¿Ha desarrollado tal vez la libertad del ciudadano? Tampoco. Las cárceles rebosan de cautivos políticos. El despotismo más sublevante es su estandarte. ¿Ha difundido entonces la dicha entre los hombres? Sólo ha generalizado la desgracia y la opresión. ¿Los ideales de justicia social y política privan quizá? Privaron. Hoy en Rusia existen más privilegios, más prerrogativas, más sinecuras que nunca. Los políticos se han apoderado tan completamente del Estado, que todos sus atropellos

y sus abusos se hallan de antemano protegidos. El Estado no es más que su pretexto. ¿Dónde están, cuáles son, en qué consisten las edénicas profecías socialistas?

Afirmo que para los políticos bien intencionados, el culto del socialismo no es una necesidad, porque falta demostrar todavía que los socialistas posean el secreto para la dicha de los pueblos. Las naciones venturosas que la Historia recuerda, no prosperaron bajo el régimen de Marx. Sostengo que el socialismo es retrógrado, porque se ha formado un criterio estrecho de la naturaleza humana. Opino que en el fondo es perjudicial, porque nos conduce a una alternativa deplorable: tiranía despiadada o deficiencia cruda. En desacuerdo con la teoría cataclísmica, considero por último que el socialismo no es un mal inevitable. No olvidemos al considerar estas cuestiones, que nuestra civilización, a despecho de sus innegables defectos, es el resultado de siglos de evolución. No es el individualismo el producto de un cerebro ni el resultado de una campaña sistemática como sería el socialismo.

Nada de estable se ha obtenido hasta la fecha por los medios inhumanos y opresivos. Fomentar rencillas entre categorías de ciudadanos, puede coronar, en determinado instante, un fin inmediato; pero no culmina ni culminará jamás en bienestar permanente. Los comunistas y los socialistas, aunque negándolo, han erigido la violencia y el odio en sus armas predilectas. Cabe recordar a propósito las palabras amonestadoras de Bolívar: "Malditos sean aquellos que siembran la discordia entre los pueblos". Si dedicarse a experimentaciones sociales, donde se juega la suerte de millares de ciudadanos, de niños y mujeres, requiere una dosis estupenda de osadía con la propiedad ajena, promoverlas con fines de exclusivo lucro político, como acontece a menudo en nuestros tiempos, reviste los caracteres de un delito.

En la larga y venerable historia de la Humanidad, ¿cuándo como ahora han alcanzado los hombres un progreso tan impresionante, un dominio tan absoluto, una supremacía tan acentuada sobre todos los elementos? ¿Cuándo hemos acumulado tan feno-

menales recursos, procurado tan variadas comodidades, construido obras tan perfectas, agotado la fantasía más ardiente, transformándola en admirable realidad? ¿Cuándo hemos llegado más cerca de la felicidad, como en los tiempos del régimen que hoy se denigra? ¿Quién ha empujado hacia la conquista de tan nobles galardones a la Medicina, la Ingeniería y la Química? ¿Han sido acaso los demagogos, los oradores, los políticos? Si ha habido error en la distribución de la riqueza, no es falta de los hombres que se han concretado a producirla. A los Estados corresponde reglamentar la distribución. Poner en manos de las multitudes más o menos ignorantes y más o menos apasionadas la dirección de sus destinos, no es lo que nos urge. Precisa que al campo de la política desciendan los hombres idóneos y no los diletanti; que vayan los peritos en cuestiones de gobierno y no los expertos en los hilos de la intriga. Exigir para la política, que es la ciencia suprema porque utiliza los triunfos de todas las demás, la misma preparación, la misma honradez, la misma eficiencia que se

requiere en las otras: hé aquí un principio*

El tiempo transcurre sin cesar, mientras los asuntos humanos cambian de aspecto dos veces en el siglo. El orden social que en 1860 pasaba como la perfección misma, la experiencia ha demostrado en 1900 que adolece de serias deficiencias. Reconocerlas no es más que una prueba de hombría y de buena fé. Obstinarse en tararearlas para atrapar a los incautos es un hecho que debiera clasificarse como dolo entre los artículos del código penal. Porque desdeño el socialismo puede que alguien me confiera el venenoso título de defensor de los intereses creados, honor que me anticipo en declinar. Si el socialismo abarcara cuanto es bueno y cuanto es justo, yo no tendría más que la decencia de abrazarlo; pero como al lado de lo bueno lleva también mucho de lo malo, de lo injusto e imperfecto, para mí socialista quiere decir, en último análisis, amigo del error.

Si nosotros desechamos un instante el hábito simiesco de la imitación; y con mirada

* Véase el "Hombre Político" de Platón.

comprehensiva envolvemos al Istmo, otros son los problemas que en seguida nos sobrecojen. Por desagradable que suene mi afirmación, lo cierto es que Panamá no ha logrado todavía un grado aceptable de civilización. De nuestra agricultura y de nuestra industria sólo hablan los optimistas. La gran mayoría de los panameños habita las regiones empobrecidas del interior y lleva una vida primitiva. Ha sido error no corregido hasta la fecha limitar el concepto nacional a las ciudades de Panamá y de Colón, olvidando que apenas representan la quinta parte de la población de la República. Los problemas del país no se restringen así, porque no se trata de cuestiones meramente urbanas sino nacionales. Panamá es algo más que su capital. ¿Qué conflictos industriales, qué discrepancias entre capital y trabajo, qué problemas inquilinarios siquiera se adivinan en todo el interior? En cambio ¿cuántas luchas contra la tierra no sembrada; cuánta ignorancia por iluminar; cuánta higiene por establecer! Y en las mismas ciudades terminales ¿no son otras acaso las cuestiones que reclaman in-

sistentemente la atención? ¿Qué significan para nosotros las compañías extranjeras que exportan el capital? ¿Qué las sucursales bancarias en nuestro país?

Yo tengo el coraje de oponerme, no sólo a lo que piensan las pobres mayorías ignorantes, sino a lo que dicen pensar las mayorías llamadas cultas. No me inclino servilmente ante la divinidad de nuestro siglo — la muchedumbre. No halago sus caprichos; pero tampoco me río de sus anhelos. En una época de afanes y de incertidumbres, comprendo que es natural y casi necesario que los ciudadanos miren en un Estado absorbente y superpoderoso el emblema de su seguridad; pero sé que a medida que las nubes se disipen y la adversidad se trueque en época propicia, el sol de la libertad individual volverá a iluminarnos.

IV

LA RESPONSABILIDAD HISTORICA

Quiero hacer desde el principio una concesión en favor del socialismo en Panamá. Gracias a sus teorías, gracias sobre todo a la persistencia en sus teorías, será preciso que las próximas batallas electorales se libren en el campo de las ideas. Hasta ahora los comicios panameños se habían distinguido por su carácter personalista. Las facciones no han venido apoyando plataformas sino individuos. El socialismo tiene el mérito indiscutible de plantear en Panamá el punto relativamente importante de los programas.

Fuera de esto, el socialismo criollo es tan antisocialista como el socialismo de cualquier país. El resplandor de sus dogmas no me deslumbra. Todos los países donde se ha intentado practicarlos, atestiguan su utopismo. Niego que existan dos clases sociales, los explotadores y los explotados. Nie-

go que la historia del mundo se desenvuelva a través del fenómeno de la lucha de clases. Afirmo por el contrario que la lucha de clases, lo mismo que la cooperación entre clases, es un momento histórico. En oposición a vaticinios quiméricos, sostengo que mientras vivan hombres sobre la superficie de la tierra, vivirá la lucha*: habrá lucha entre individuos, entre categorías, entre clases, entre naciones, entre razas, porque éste es el destino en todo tiempo de la especie humana.

Hay que excluir de la manera más absoluta la premisa sentada por los socialistas que el fin de la lucha puede alcanzarse con transferir la propiedad a la colectividad de obreros o de ciudadanos. Los señores socialistas detestan la precisión. Hay que precisar. Deben enumerar todas y cada una de las propiedades que pretenden transferir a la colectividad. Bajo tan vagas proposiciones, conozco un monstruoso absurdo: la propiedad que pasa al Estado; el Estado que se vuel-

* La Babele e il resto. Popolo d'Italia, Junio 11, 1922.
B. Mussolini.

ve monopolio de un partido; el partido manejado por una palomilla política y la palomilla convertida en dueña absoluta del país.

Los hechos no pueden desvirtuarse. Después de cuanto ha ocurrido en Rusia, se ha visto que el traslado de las propiedades particulares a la colectividad no resuelve nada. Este traslado ha dado origen a un Estado descomunal, centralizador, tiránico. El despotismo de Stalin es una función directa de su gran poder. La propiedad privada, absorbida por el Estado ruso, vuelve poco a poco, en segundo ciclo, a los grupos y a los individuos. Con la responsabilidad histórica de tales experimentos no cargarán en Panamá, sin embargo, todos los ciudadanos. Cargarán aquellos caballeros que en su afán por perpetuarse y afianzarse en el poder, desnaturalizan las instituciones que juraron preservar. Cargarán los que no desdeñan las ideas cavernarias de fortalecer el Estado a costilla de la iniciativa particular, si este fortalecimiento logra consolidar su posición política.

Los socialistas panameños pintan, con ma-

tices trágicos, el sufrimiento de la muchedumbre. Piensan sin duda que sus padecimientos no conmueven nuestros corazones. Creen que permanecemos insensibles ante ellos. Como no compartimos sus ideas, se imaginan que la adversidad en que el pueblo gime no despierta entre nosotros la simpatía. ¡Qué engañados están y cómo engañan! Pero ha llegado el momento de hacer declaraciones categóricas.

Desde la depresión de 1930, como resultado de aquellas profundas conmociones que ocasionaron derrumbes necesarios, no sólo la angustia acongoja hoy el sector de nuestra población que particularmente se denomina el pueblo: la angustia hincó sus garras también en los otros sectores del país. No hay confianza porque no hay crédito. No hay industria porque no hay protección. La demanda ha cesado; el consumo disminuye; las quiebras se multiplican y en algunos casos el Gobierno mismo las provoca. Tiempo habrá de sobra para tratar despacio el asunto de las empresas nacionales perseguidas. Los alquileres no se pagan. Los intereses se reba-

jan; los documentos no se honran. Todo se ha resentido a un mismo tiempo. Las familias "ricas" se hallan en aprietos; las familias "pudientes" están pobres; las familias pobres, tienen hambre. Si es cierto que los legisladores no han sabido legislar, los gobernantes tampoco han sabido dirigir.

El problema social está planteado; los criterios difieren en la solución. Yo busco la solución en medidas que repugnan al paladar socialista. La historia me ha enseñado todas las falsías y todas las lagunas de su vetusta doctrina. Veo la solución como el autor que he venido citando*, en no asustar a nadie; en inspirar confianza a todos; en llamar las clases desheredadas al goce de las comodidades, de la higiene, de la propiedad barata. Quiero, en una palabra, que la riqueza se difunda desde las esferas más altas hasta las más bajas; pido que el bienestar descendá, no que la miseria suba: y conmigo lo pide a gritos toda la República.

¿Cuáles han sido los resultados de las me-

* Victor Hugo. Discours.

didadas seguidas hasta hoy? Una situación sombría, en la que todo lo que no está perdido, está en peligro; lo que no está en peligro, está en incertidumbre. Una angustia general, en la que la angustia del pueblo no es sino otro grito de miserias en una sinfonía salvaje de dolores; un episodio desgarrador en una formidable tragedia. Los hombres con trabajo irregular se convierten en vagos por costumbre. Los sueldos se rebajan a raciones de hambre para acumular el oro en las arcas del Gobierno. La honradez se combate por todos los medios al alcance, hasta por las leyes. La seriedad se befa y menosprecia como hipocresía para el pueblo. El mérito y la vejez son objeto de persecuciones implacables. La prostitución y la tuberculosis hacen estragos en todas las capas de la sociedad, mientras los políticos se frotan las manos de satisfacción cuando una prensa sometida declara a todos los vientos que existen millones de excedencia! Estas son las circunstancias que empujan la nación a la revuelta. La ciudadanía contempla torturada el absurdo inhumano, intolerable, cruel, del dolor, del ham-

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

bre y de la miseria en medio de la prosperidad. Es, con todos sus fulgores cárdenos, apenas un reflejo del socialismo en Rusia. Es más que la dictadura y menos que el caos, es el despotismo.

V

EL SOCIALISMO EN PANAMA

Yo no niego los hechos. No caigo en la estupidez de cerrar los ojos y apretar los puños, en ademán de impotente furia, cuando los hechos me disgustan. No niego, por ejemplo, la opción que tiene Demetrio A. Porras para llegar a la Presidencia de la República por sufragio popular. Hoy por hoy, salvo su señor padre, no existe figura nacional que pueda disputarle la popularidad aplastante de que disfruta. Y no hay por qué maravillarse. Los componentes del Gobierno Nacional, que han jurado proteger las instituciones del país, se cruzan de brazos ante su campaña. No conocen más recursos para combatir su labor de proselitismo que los medios filosóficos del silencio. Son demasiado modestos o demasiado lerdos para hablar a las multitudes, ávidas de claridad y de verdad.

Los periódicos socialistas se difunden por las más apartadas regiones. Viven de los anuncios que los comerciantes nacionales y extranjeros, en perjuicio colectivo, les otorgan. No hay un sólo diario que se atreva a salir valientemente al paso de tantas calamidades. No ha surgido el caudillo que sepa gritarle al pueblo, francamente, brutalmente, toda la verdad. Los políticos aguardan la época de las elecciones, sin advertir que entonces llegarán demasiado tarde. Albergan el oculto designio de perpetuarse en los vetustos templos de la burocracia, donde ofician con tacto y con intriga. Algunos han desertado ya de las filas tradicionales, para buscar amparo en las huestes socialistas. Estas continúan irrogándose el privilegio de representar al pueblo panameño, al mismo pueblo que vienen embaucando sin prisa y sin escrúpulo.

Los catecúmenos del marxismo se multiplican. La popularidad de sus mogoles es abrumadora. Organizan cuerpos de vigilancia y militarizan sus legiones. Mantienen una policía particular toscamente equipada, pero equipada, ante las narices oficiales. Sus

adictos pasan fácilmente del millar, talvez de los millares, en la sola capital de la República. Su esfera de influencia se extiende en círculos crecientes desde la Capital al interior. Su credo está al alcance de todas las mentalidades: las tierras son de Dios y de quienes las trabajan; la riqueza privada es un robo como cualquier otro; el socialismo repartiría las tierras entre los agricultores; dará empleo a los desocupados; distribuirá la riqueza entre los ciudadanos; brindará casas semi-gratuitas a todos los inquilinos. Será, en una palabra, el nuevo paraíso. A nadie se le ocurre preguntar porqué no se han efectuado estos milagros en los otros países de la tierra.

En la pesadilla en que vivimos, el ciudadano que a fuerza de sudores ha acumulado algunos ahorros, es para los efectos de la campaña socialista, una hiena social. Las generaciones que se levantan aprenden a escarnecerlo y a vituperarlo. Los bribones y los fracasados tienen la osadía de erigirse en tribunal para cubrirlo de oprobios, porque saben que las autoridades no intervienen. Ante esta situación caótica, ante esta confu-

sión de valores y esta carestía de principios, ¿qué camino emprenderemos nosotros? ¿Hemos de mantenernos a la vera de la lucha, que hasta ahora ha progresado en perjuicio del país? ¿Continuaremos cruzados de brazos impávidamente, para ser meros testigos de la catástrofe?

Yo creo que un destino diferente nos está reservado. Hay que enseñar al país que nada de culpable, nada de ilícito, nada de vergonzoso tiene el hombre que trabaja y que a costa de su trabajo logra constituir una fortuna. Hay que decir, en cambio, que mucho de ruin y de mezquino hay en el demagogo que engaña a las multitudes o en el vago cuyas posaderas zurcidas dan lustre a las bancas de los parques.

Nuevos sistemas han sucedido a los sistemas carcomidos de 1860, que arrastran todo un siglo de promesas sin cumplir. Su fardo de profecías no contiene una sola que haya cristalizado en realidad. Después de continuas alarmas, los regímenes individualistas se mantienen a la cabeza de la Historia. Son contados los países donde perduran y vegetan todavía los espectros de los partidos so-

cialistas. ¿Qué de promesas no formularon? ¿Qué de alborotos no encendieron? ¿Qué de instituciones no atacaron? Pero en el terreno de la realidad ¿cuántas de sus promesas han cumplido? ¿Cuántos de sus proyectos han realizado? Un ligero vistazo sobre el mapa del mundo nos demuestra que en ninguna nación han florecido sus sueños de canyac ni sus pronósticos sibilinos. Los partidos socialistas se dedican hoy a la miserable labor del obstruccionismo. Tal es todo su programa.

En Panamá el partido socialista está integrado por elementos tan heterogéneos que podrían decirse antagónicos. Jóvenes panameños, optimistas e inexpertos como todos los de su edad, han abrazado la nueva Fé como la abrazaron hace un siglo los jóvenes de Europa. Su impetuosidad y su entusiasmo los exime de responsabilidad. Alucinados por el resplandor de sus teorías, se ilusionan con poseer la panacea para todas las dolencias y luchan por imponerla. Junto con ellos militan también viejos y buenos idealistas, que se apartan de las rudas realidades de la tierra para refugiarse en las más

serenas esferas de la imaginación: seres de poltrona y de bondad, resultan las víctimas inmediatas de su partido. Hay todavía los tradicionales carneros de Panurgo, que siguen un cabecilla cualquiera porque su misión en esta vida es obedecer. Son estimulados en sus anhelos más justos como en sus apetitos más bajos por las distintas promesas que los sátrapas constantemente hacen resonar en sus oídos. Existe también el grupo despreciable de los intelectualoides, entendimientos desprovistos de criterio propio, que siguen la última teoría a trueque de tildarse "de avanzada": magos de la tertulia, directores de los corrillos vespertinos, salomones públicos y particulares, que no pudiendo regular su casa pretenden ordenar la ajena. Pero el núcleo más abominable está compuesto por los logreros de siempre, los socialistas marxistas científicos por política y por ambición. Saben perfectamente los portentosos absurdos que el socialismo encierra; conocen sus insondables abismos, sus grandes faltas y sus enormes deficiencias; pero tienen la perfidia de comercializar en su provecho la ingenuidad de las masas.

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

Explotan a satisfacción el negocio más lucrativo de hoy — la buena fe de las muchedumbres. Quieren llegar al poder y al dinero por los medios prohibidos. Se llaman redentores.

VI

¿QUE QUIERE LA REPUBLICA?

El Estado, después de todo, no es más que una grande empresa, cuya finalidad no consiste en acumular dinero sino en promover la riqueza entre sus miembros y en generalizar el bienestar. Precisa llevar al poder a los hombres que a más de ser idóneos para la administración de una empresa de tales proporciones, sean lo suficientemente generosos para consagrar sus esfuerzos en beneficio de los demás. Hasta ahora los ciudadanos capaces han preferido dedicarse a sus negocios personales. Son, en el fondo, egoístas. En su "Hombre Político", Sócrates llega a la conclusión que la política es la ciencia suprema, porque reúne y utiliza los merecimientos de las otras. Ninguno de nosotros pondría un enfermo al cuidado de un hombre que no fuera médico, ni la construcción de un puente en manos de uno que no fuera ingeniero civil; pero todos vemos con extraordinaria placidez y a menudo con marcado

entusiasmo, que para coordinar y encauzar las complejas actividades del país, se improvisen estadistas. El primer error que conviene no perpetuar consiste en confundir las capacidades de los hombres. Precisa que los médicos ejerzan su profesión; los abogados la suya; los políticos aquella que les es propia. No me parece superfluo indicar aquí que por político entiendo el significado clásico de la palabra: el estadista y no el intrigante. Para que la República progrese es imperativo que se aleje tanto de las combinaciones y de los relajos de la vieja escuela, como de las agitaciones y de las demagogias de la nueva.

Las aspiraciones de las diversas clases que forman la sociedad panameña no son irreconciliables. En el fondo todas nuestras aspiraciones coinciden. Nada sería tan fácil como enumerarlas. El agricultor no quiere reglamentación oficial ni propiedad colectiva. Quiere simplemente lo racional y humano. Quiere que las tierras que labora le pertenezcan; quiere salida para sus productos. Con estas condiciones resueltas satisfactoriamente, el agricultor pa-

nameño está contento. Sabe por instinto que ellas forman la base de su bienestar. El obrero panameño no aspira a dirigir la industria ni mucho menos a fomentar huelgas por el gusto. El obrero panameño es un obrero inteligente. Pide lo que en justicia le corresponde. Desea que sus trabajos se remuneren con equidad, no con raciones miserables. Quiere que la empresa industrial le conceda, lo mismo a él que a su familia, ciertas garantías. El inquilino, si acaso pretendemos hacer de los inquilinos una clase social, no aspira a vivir eternamente de gorra, a mudarse de madrugada y a rasgar edictos. Desea pagar alquileres justos y residir en habitaciones decentes, no en tugurios donde se aglomeran por las noches seis y siete desdichados. Así podríamos pasar en revista todas las personas que los socialistas clasifican entre "los explotados". Si en algunos momentos se sublevan y se precipitan por los caminos de la violencia y de la ilegalidad, culpa no es sino de los agitadores de carrera. Pero ¿qué pretenden, por su parte, los terratenientes, los industriales y los caseros? ¿Ha de negarse acaso que

también son ciudadanos y también tienen derechos? El terrateniente no es un caníbal feroz que se bebe trago a trago la sangre de sus semejantes. Pide respeto para su propiedad. Quiere que la autoridad no permita que sus cercas se corten; ni se suelten animales en sus predios; ni se posesionen de sus terrenos individuos no autorizados para ello. El industrial no es un viejo obeso y pechugón, que se complace en desollar a sus víctimas. Dejemos aparte la retórica socialista y examinemos sus anhelos. Quiere poco. Quiere protección para su negocio; respeto por sus esfuerzos; estabilidad en la reglamentación de sus actividades, y no esta pesadilla de marchas y contramarchas legislativas. El propietario de casas rehusa cargar con todos los impuestos; pagar contribuciones excesivas y correr todos los riesgos, cuando la ley por otra parte regula sus ganancias en perjuicio propio y sin beneficio ajeno. ¿Qué protección encuentra cuando los inquilinos se ausentan con dos o tres meses sin pagar? ¿Los estadistas se han preocupado tal vez? ¿No es el código civil letra muerta para los daños que se infie-

ren a sus propiedades? Cuando los disturbios sociales han desvalorizado hasta en un 50% los terrenos y los edificios, cuando los alquileres han sido reducidos por la baja de todos los valores, cuando las leyes y los decretos de emergencia han restringido algunos de sus derechos, ¿el Estado ha reducido acaso la contribución de inmuebles? ¿Tal vez ha calculado la propiedad en su valor actual? Todo lo contrario: la ha recargado con impuestos nuevos. ¿La tarifa sobre el agua ha sido rebajada? No. Pero en el fondo, el inquilino quiere lo mismo que el casero; el agricultor lo mismo que el terrateniente; el obrero lo mismo que el industrial: todos quieren seguridad.

Las medidas draconianas; las tendencias extremistas; las improvisaciones, los odios y las represalias pueden favorecer transitoriamente una clase dada; pero en el fondo contribuyen a fomentar el desorden y destruyen la seguridad, mutilan la justicia. El peor aspecto de la situación actual es la incertidumbre. De ella se quejan por igual superiores e inferiores; inteligentes y tontos; los idealistas y los prácticos. En épo-

cas de caos y de complicaciones, es más difícil y también más criticada la labor del estadista. Sin embargo, éste se halla en el ineludible deber de inspirar confianza a todos. Debe encontrar el término medio para armonizar los intereses, no de clase sino nacionales, que en el fondo coinciden. Haga que el agricultor comprenda el punto de vista del terrateniente; y éste el del agricultor. Para ello es indispensable que el oro no sea el eje de todas las actitudes. Un ideal más noble que este innoble metal debe fomentarse. Los valores humanos han de prevalecer sobre los valores materiales: hé aquí una convicción cuyas raigambres prosperan sólo en la intimidad de la familia. Es en la familia donde las tiernas mentalidades de los niños pueden guiarse en tiempo hacia los nuevos ideales. La instrucción pública ha de encarrilarse en esta dirección: proceso que reclama todas las luces y todos los esfuerzos. La iniciativa individual, el beneficio privado, la ganancia particular no pueden destruirse; pero pueden moderarse, no en perjuicio de una clase y en beneficio de otra, sino en provecho común.

VII

LA CAMPAÑA

Por un elemental sentimiento de honradez, rechazo los programas utópicos que los candidatos electorales suelen ofrendar, para consumo de los tontos, la víspera de las elecciones. La experiencia descubre toda la bahorrina de las promesas vagas. Rechazo también la confección de un programa político desde los mullidos cojines de una otomana. Soy demasiado positivista para surcar las nubes en una góndola de credulidad. La cambiante realidad de la existencia es un factor que no puede desterrarse de los cálculos. Reconozco sin embargo que para la administración del Estado moderno vale diseñar un plan que sea gradualmente realizable. Los aspirantes a la Presidencia de la República han de elaborarlo.

La ciudadanía debe exigir a cada candidato una exposición concisa y clara, donde enumere los problemas que estime más impor-

tantes para el país. A renglón seguido facilitará un detalle de la manera como se compromete formalmente a ventilarlos. La época de los manifiestos líricos que no engañan a nadie y estropean la Historia, ha pasado. No nos interesan tampoco las fórmulas abstractas de estos últimos años — integridad, honradez, gobierno fuerte — que se prestan a las más difíciles prestidigitaciones. Ante programas políticos breves y claros, el elector sabrá a qué atenerse. El triunfo de un candidato no significará la victoria de un hombre, sino el encauzamiento de la nación por una política conocida.

En el orden de su importancia política, doce son los puntos que interesan. Paso a enumerarlos en seguida.

- 1o. Distribución de tierras.
- 2o. Supresión de la Burocracia.
- 3o. Fomento de la Agricultura.
- 4o. Carburante Nacional.
- 5o. Fomento de la Industria.
- 6o. Desarrollo del Comercio.
- 7o. Turismo.
- 8o. Gobierno y Justicia.

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

- 9o. Agricultura y Obras Públicas.
- 10o. Instrucción Pública.
- 11o. Hacienda.
- 12o. Relaciones Exteriores.

Bosquejaré algunas apreciaciones sobre estos puntos, no con ánimo de presentar un programa político como malévolamente supondrán algunos, sino con el recto propósito de aviar la discusión hacia cuestiones nacionales cuya solución corresponderá a la próxima Administración.

VIII

DISTRIBUCION DE TIERRAS

Distribución de Tierras — El problema social de mayor trascendencia en Panamá estriba en la distribución equitativa de las tierras. Para resolverlo con acierto no debe buscarse el beneficio de una clase determinada en perjuicio de otra, lo cual sería torpe. Para conseguir el beneficio general es necesario armonizar los intereses de todos. Me parece que la solución se halla en repartir las tierras baldías y si fuere necesario en expropiar los terrenos no cultivados. El problema, por supuesto, no termina aquí. Entregar cincuenta hectáreas de tierra a un individuo, si éste no se dedica a cultivarlas, es poca cosa. Puede acontecer que por necesidad o por abandono las cincuenta hectáreas pasen a poder del vecino más laborioso. Gradualmente se presentaría el fenómeno de la concentración de tierras. Precisa por lo tanto que estas propiedades no sean trans-

feribles y que a la muerte de su dueño vuelvan al dominio del Estado. Tampoco sería justo entregar a los particulares terrenos estériles o demasiado alejados de los mercados nacionales. Un instituto de Agricultura, hábilmente dirigido y honradamente administrado, es una necesidad. La construcción de carreteras que enlacen los centros de producción con los centros de distribución no puede posponerse. En un programa de reconstrucción, los diversos puntos se hallan tan relacionados entre sí, que todos los planes han de proceder a un mismo tiempo. La distribución equitativa de las tierras, para que no culmine en un clamoroso fracaso, debe ser uno de los varios puntos del programa general.

Supresión de la burocracia — La eficiencia máxima se obtiene con el número de empleados estrictamente necesarios, idóneos y bien remunerados. El informe Roberts pone de relieve que en Panamá prevalecen las condiciones contrarias. Los empleados públicos son excesivos, poco diestros en sus funciones y mal pagados. Existe también el

desequilibrio del trabajo. Hay oficinas públicas donde un empleado labora desde la mañana hasta la tarde, mientras otros fuman cigarrillos o discuten de política. Conviene desembarazar el Presupuesto de cargas tan intolerables y la conciencia pública de cadenas tan abrumadoras; pero los empleados cesantes tienen derecho a solicitar que el Estado les facilite un medio de vivir. Si esta cuestión se resuelve de manera satisfactoria, parece evidente que derivarán tres ventajas: a) una mayor independencia de criterio para juzgar los asuntos políticos; b) un desahogo inmediato para el Tesoro Nacional; c) un estímulo no despreciable para el comercio, la agricultura y la industria por parte de ciudadanos panameños. El Estado puede colocarse en situación de ofrecer a cada empleado cesante su parcela de tierra laborable, con las ventajas técnicas que un Instituto de Agricultura pueda brindar, con los auxilios pecuniarios de un Banco Agrícola y con las facilidades comerciales de carreteras transitables y de comunicación marítima.

Fomento de la Agricultura — Sólo en la República de Panamá es costumbre inveterada fomentar la agricultura con artículos de periódicos, con discursos y apoteosis. La fundación de un Banco Agrícola para hacer préstamos a largo plazo con bajo interés; el aprovechamiento de los latifundios; los trabajos de irrigación; la dotación sistemática y racional de animales y de semillas; el establecimiento de un Instituto de Agricultura hábilmente dirigido; la propaganda metódica; la educación vocacional desde las escuelas primarias; el abaratamiento y la divulgación de los abonos químicos, de los instrumentos agrícolas, son proyectos que deben desarrollarse. El Estado ha permitido que cada año disminuyan las riquezas forestales del país, aún cuando la ley requiere que se plante un árbol donde se derriba otro. A la vuelta de algunos lustros, nuestras finísimas maderas, maravilla de los países civilizados, desaparecerán. Urge iniciar en seguida la plantación de árboles útiles y reglamentar sin dilaciones inexcusables la tala de los bosques. El culto por el árbol no ha pa-

sado de ser entre nosotros una aspiración esotérica. Recordemos lo que dijo al respecto un poeta ya muerto: "Las poesías las puede hacer cualquier tonto como yo; pero un árbol sólo lo hace Dios".

Carburante nacional — Entre las críticas que se hacen a la Administración del Dr. Harmodio Arias, ninguna me parece tan grave como la que se refiere al carburante nacional. Corresponde a Don Osvaldo López (q.e.p.d.) el mérito de haberlo propugnado con infatigable perseverancia. Su factibilidad ha sido comprobada, no sólo por el ejemplo brillante de otros países, sino por los experimentos verificados en Panamá. Se trata sencillamente de añadir a la gasolina corriente un pequeño porcentaje, de 5 a 15%, de alcohol deshidratado. Esta ínfima cantidad encierra toda la distancia que hay entre la miseria y la prosperidad del interior de la República. Ni aún para las empresas que venden gasolina la medida representaría una pérdida, porque a mayor prosperidad corresponde mayor consumo. En el congreso reunido en la ciudad de Aguadul-

ce el interior entero elevó su voz de aliento al Presidente Harmodio Arias. Uno de sus colaboradores inmediatos, el Secretario de Agricultura y Obras Públicas, declaró que se contaba con el apoyo del Poder Ejecutivo. La siembra de caña que había comenzado bajo los mejores augurios, pues la tonelada solía venderse a razón de B/. 4.20, produjo una cosecha copiosa. Cuando el Gobierno Nacional dejó morir en su cuna el proyecto salvador, el erario desembolsó B/. 55.235.27* para comprar más de 25,000 toneladas de caña a los agricultores. Dejóse perder esta ingente riqueza aduciendo por pretexto el más inverosímil de todos los pretextos: la superproducción! Huelga decir que los agricultores no se beneficiaron con el precio de B./ 2.00 por tonelada. Sería inexpresablemente difícil comprobar que el Tesoro Nacional realizase una buena operación al echar por la ventana B/. 55.235.27. Y sin embargo, un prominente hombre de

* Memoria del Secretario de Hacienda a la Asamblea Nacional. 1934.

negocios había propuesto al Gobierno de Panamá lo siguiente: a) alquilar la planta deshidratadora a razón de B/. 1.000.00 mensuales; b) preparar el carburante nacional hasta con un 15% de alcohol etílico anhidro; c) fijar los precios de venta a B/. 0.35 el galón de gasolina y a B/. 0.20 el galón de cosaquina.

Fomento de la Industria — Ningún país puede comprar todo el tiempo ni vender todo el tiempo. El intercambio de productos y dinero es por consiguiente necesario. Cuando las exportaciones y las importaciones equivalen, existe un estado de equilibrio comercial. Semejantes condiciones son, sin embargo, de problemático hallazgo. Para alcanzarlas sería preciso que todos los países lograsen comprar y vender en iguales proporciones, lo cual hoy es impracticable. Parece natural, por lo tanto, producir sólo lo que resulte más económico y comprar lo que resulte más ventajoso. Según este principio sólo deben protegerse y ampararse aquellas industrias que vienen a acrecentar la riqueza nacional. Es claro que no

todas las industrias caben en esta clasificación. Las industrias cuyos dividendos van fuera del país no llenan tales requisitos. Tampoco la industria automovilística, por ejemplo, podría establecerse en Panamá sin perjuicio notable. Su producto, una vez terminado, tendría que venderse a un precio exorbitante. Al erigirse una barrera aduanera, el número de vehículos disminuiría de manera espectacular. El consumo de combustible, nacional o extranjero, sufriría una merma considerable y ésta se reflejaría bien en un aumento de precio para el público, bien en una rebaja de ingresos para el fisco. El turismo recibiría un golpe que no por ser indirecto sería menos grave. La protección a una industria semejante constituye una verdadera calamidad.

En cambio existen numerosas industrias que no prosperan porque les falta el amparo protector del Estado. Un ejemplo clásico es la construcción de barcos y motoveleros. Nadie parece preocuparse de la navegación marítima. Pero el amparo no reside tan sólo en las subvenciones más o menos censu-

radas en Panamá. Toma a menudo las formas de lo que se denomina el interés oficial: la propaganda en el extranjero por medio de los cónsules; el establecimiento de un crédito industrial para préstamos sobre bonos y acciones de empresas nacionales; la creación de un departamento de técnicos que aconsejan, advierten, reparan, relacionan. Es un hecho de constatación inmediata que hasta la fecha el Estado se ha mostrado indiferente con las empresas nacionales. En la mayoría de los casos su hostilidad ha sido manifiesta. Razones políticas y motivos personales han sido móviles de semejante proceder. Una situación análoga no puede prolongarse indefinidamente, porque ocasiona serios daños a la economía del país.

Desarrollo del Comercio — Teniendo en cuenta las ventajas que el comercio, nacional o extranjero, ha traído a la República, ponerle trabas me parece una simple demostración de torpeza. Es justo que el Gobierno aspire para los ciudadanos panameños a los beneficios que hoy no logran del comercio. Para ello es preciso que se inicie una

labor sensata de educación desde las aulas. Intentar nacionalizar el comercio, por el expediente teórico de una ley, bate todos los records de ingenuidad. No sólo los panameños tienen que aprender mucho todavía en el arte de agradar, que es el arte de vender. Precisa reconocer con franqueza que por lo general no simpatizamos con el trabajo mismo. Hay, además, un obstáculo de índole puramente material: ¿dónde están los panameños que puedan reemplazar a los extraños? Todo lo que acabo de decir parecerá talvez una blasfemia imperdonable a los fanáticos del patriotismo; pero es la verdad.

El comercio, nacional o extranjero, debe recibir por parte del Gobierno Nacional la más solícita atención. Su prosperidad es nuestra prosperidad. Se halla indisolublemente ligado con el turismo del que derivamos ventajas inapreciables. Favorecer al comerciante es por consiguiente ineludible deber de las Administraciones públicas.

Turismo — Para desarrollar el turismo no basta establecer una bella oficina con cuatro escritorios en la Capital. Valdría la

pena encontrar verdaderas atracciones, como serían un casino en Taboga, carreras de caballos, **sweepstakes**, fomento de excursiones por el interior del país, visita a los museos y a los monumentos de interés histórico. Al amparo de estas actividades prosperarán modestos negocios que han de aliviar la pobreza de familias innumerables. Un casino en Taboga dará impulso a la navegación con la isla, a la plantación de vergeles, a la venta de flores y a la organización de albergues. ¿Qué he de decir en un libro de esta índole sobre la conservación de nuestros monumentos? Todos sabemos que deben rodearse de verjas de hierro, mantenerse aseados a cargo de cuidadores corteses que los muestren a los visitantes. Bronces explicativos y conmemorativos; libros donde firmen los que han venido a contemplarlos; folletos que narren en diversas lenguas su historia secular; fotografías y albums; postales e ilustraciones: hé aquí algunas de las miles maneras de propagar en el exterior el respeto y el nombre de nuestro país. La necesidad de hoteles cómodos; el desarrollo de baños termales; de

balnearios; la valorización de todo lo que es nuestro, iglesias, ruinas, caídas de agua, poblaciones, parece que sólo a intervalos cruza la tumultuosa mente de nuestros gobernantes.

IX

AGRICULTURA Y OBRAS PUBLICAS

Aún cuando el tema ha sido tratado esporádicamente en los capítulos que preceden, procuraré decir algunas palabras sobre diversas fases de este departamento. Aunque las masas campesinas constituyen el elemento más numeroso del país, los obreros urbanos no pueden desatenderse. Todo ciudadano, rico o pobre, instruido o ignorante, tiene derecho de disfrutar de un mínimo indispensable de comodidades. No se trata, como pretenden los socialistas, de arrastrar una vida groseramente material. Hay que ser mucho más humanos. El Estado debe velar también por el espíritu. Su deber ineludible consiste en elevar el nivel moral y material de los ciudadanos. Por lo tanto, si impone al individuo la obligación de contribuir con su esfuerzo al desarrollo colectivo, también le brinda entretenimientos sanos y ocasión de superarse. Es ésta la ra-

zón para fijar un salario mínimo y enumerar las comodidades sobre habitación, asistencia médica, horas de trabajo, vacaciones y jubilación que toda creatura necesita. El obrero llega a considerarse así, no como un instrumento de producción para el Estado avasallador, sino como un hombre que es padre de familia y creatura racional.

La construcción de casas-departamentos y de casas-cuartos para resolver en justicia el llamado problema inquilinario, no soluciona la cuestión. Hay que considerar también reducciones en las tarifas de agua, de luz, de alquiler de lotes y de contribución estatal. La mayoría de los legisladores ha pensado sólo en la administración de casas por parte del Gobierno Nacional. Procurar llevar a la práctica esta medida sería una lección provechosa, si los fondos del Erario Público, que representan el patrimonio de todos los ciudadanos, no sufrieran mermas considerables. Más sencillo sería que el Estado prestase dinero a largo plazo a los propietarios de casas y les obligara a reconstruir, según planos trazados por arquitectos muni-

cipales o nacionales, viviendas modernas para obreros, conforme a las normas de higiene y comodidad. El Gobierno Nacional cobraría un bajo interés por su préstamo y exigiría de los caseros una tarifa justa.

La higienización de nuestras poblaciones por medio de obras de saneamiento, de conferencias regulares, de clínicas gratuitas, de legiones sanitarias entre alumnos, de institutos para combatir la malaria tan eficazmente como la uncinariasis, de cursos nocturnos para futuras madres y de orfelinatos donde puedan albergarse en cualquier momento de la noche los desdichados frutos de amores ilegítimos, son medidas por las cuales la República clama hace mucho tiempo. El número de abortos, en la capital del país, alcanza cifras alarmantes. Algunas comadronas, a más de ciertos médicos, se dedican a negocio tan execrable. La tuberculosis hace estragos en proporciones que las autoridades esconden. El porcentaje de tuberculosos sobre la población general es asombroso. No hay dónde llevarlos. Permanecen en sus residencias con peligro de to-

dos los vecinos. Un estudio comparativo entre la rata de mortalidad en Panamá y en la Zona del Canal indica que están en proporciones de 1 a 7 en nuestra desventaja. La mortalidad infantil es perfectamente vergonzosa. Los datos del interior son siempre escasos y siempre reducidos a proporciones más o menos "decentes". ¿Qué proporción de los hombres que llegan a la madurez de la vida se halla exenta de enfermedades venéreas? No hay cifras exactas; pero no pasa del 50% en Panamá.

X

GOBIERNO Y JUSTICIA

No opino que la Constitución Nacional necesite un retoque general. Ella no es sino un amplio marco dentro del cual caben todas las tendencias y todas las reglamentaciones. Hacerlo más extenso sería relajar sus sanas restricciones. Restringirlo es reducir en parte la libertad que hoy concede. Su estructura fundamental es completamente sólida. Treinta años de vida independiente no justifican innovaciones radicales. La época de incertidumbres que atravesamos no es tampoco la indicada para introducir las. Las tendencias sociales no pueden establecerse como normas seguras mientras permanezcan en su período de prueba. La división de los poderes públicos es una garantía que precisa conservar. Dentro de la Constitución caben todas las tendencias avanzadas, templadas por una sana cordura. Con ella han gobernado el país

ciudadanos tan conservadores como Manuel Amador Guerrero y tan liberales como Belisario Porras. Nuestra constitución es una adaptación inteligente de otras constituciones en Sur América. Todas ellas provienen, sin embargo, de la Constitución de Norte América. Los Estados Unidos no ponen una sino innumerables dificultades para introducir enmiendas a su Carta Magna. Es, sin embargo, un país que se ha desarrollado más a prisa que la República de Panamá. En Inglaterra se gobiernan los ciudadanos por una Constitución que se puede llamar inexistente. Sus disposiciones se remontan con toda seguridad a los tiempos medioevales. ¿Qué necesidad hay de otra Constitución? El mal no reside en las normas sino en los hombres.

Mientras la prensa publica declaraciones terminantes sobre la independencia que disfruta el Poder Judicial, la ciudadanía comenta por lo bajo el intercambio de puestos entre los dos Poderes. ¿Qué independencia es ésta? Sin referirme a las personas interesadas, que merecen el respeto general, me

concreto a los hechos. Acontece que un juez de circuito llena una vacante en la Renta de Licores y al juzgado pasa un gobernador saliente. Se creyó que al nombrar magistrados por diez años, el Poder Judicial se vería libre de los influjos del Poder Ejecutivo. Se creyó; pero se creyó mal. La experiencia demuestra que desgraciadamente no es así, no obstante las excepciones. El Poder Judicial, considerado en su organización, mejora notablemente; sin embargo, el procedimiento legal es todavía tan lento, que los fines de la justicia muchas veces se entorpecen. Por otra parte, en el interior la administración de justicia se resiente por la escasez de personal idóneo. Los jueces municipales perciben una remuneración exigua en relación directa con la pobreza del distrito donde ejercen sus funciones. Como se trata de funcionarios nacionales, es justo y necesario que el Tesoro del Estado los remunere.

El sistema penal de la República, más que la Constitución, requiere reformas sustanciales. Carecemos de un verdadero centro

para la delincuencia juvenil. Los reos son tratados con un criterio exquisitamente medioeval. Las cárceles son todavía hoy instituciones de dolor y de sanción. Los ciudadanos que aguardan la celebración de su juicio conviven a menudo con los que han sido condenados. El establecimiento de sistemas científicos para el tratamiento de reclusos; la modernización del jurado; la reorganización de las cárceles bajo un criterio moderno, que coloca salones de cinematógrafo, que instituye cursos de enseñanza teórica y práctica y sistemas de honor: hé aquí algunas de las innumerables modificaciones que precisan.

Con relación a la libertad de prensa, que hoy día asume proporciones de interés nacional, hay mucho que decir. Aborrecemos la censura que en Alemania, Italia, Rusia y Venezuela establecen los grandes y pequeños dictadores. Al insinuarse que la prensa está amordazada en Panamá muchos ensayan una sonrisa de incrédulos. Tal emoción existe sencillamente porque la mayoría de los panameños ignoran la verdad. Musso-

lini y Hitler abiertamente y sin reticencias suprimen la prensa en sus países. El Dr. Harmodio Arias, como Roosevelt, ha llegado al mismo fin por veredas más sutiles. Aún cuando su gobierno no ha tomado medida alguna para eliminar la libertad de prensa, los hechos atestiguan que los periódicos del país se hallan a merced de la Administración. De los tres que se editan regularmente en Panamá, dos cuentan con un sector considerable de lectores en la capital lo mismo que en el interior. Los directores de estos diarios devengan sueldos de las empresas particulares y también del Gobierno Nacional. Uno es diputado a la Asamblea reconocido como "leader" de la mayoría, pero es justo reconocer que fungía de director antes de 1932; y el otro es Secretario Privado en la Presidencia. Los jefes de Redacción de estos periódicos se hallan en iguales condiciones. Ambos devengan sueldos de las empresas particulares y también del Gobierno Nacional. Uno es director de la Gaceta y otro Secretario de la Junta de Caminos.

XI

INSTRUCCION PUBLICA

De todos los departamentos del Estado, el de Instrucción Pública aparece con organización menos deficiente. Dista mucho, sin embargo, de sobresalir. El magisterio nacional reclama, en primer término, la efectiva estabilidad que se le promete y nunca se le cumple. Necesita una ley de jubilaciones apolíticas, que se extienda a los otros funcionarios del gobierno. Urge introducir en el magisterio una selección cuidadosa con respecto a la capacidad y a la moralidad. Los profesores de las escuelas secundarias, lo mismo que los maestros de las primarias, adolecen por lo general de abstracción excesiva. Son reos de generalizar y teorizar demasiado con perjuicio notable de la práctica y de la especialización. La instrucción del profesorado y del magisterio es de ordinario libresca. Los más emprendedores aspiran constantemente a dejar una atmósfera don-

de la estrechez de su vida amenaza eternamente. Muchos profesores y muchos maestros prostituyen la cátedra que ocupan, porque en vez de limitarse a presentar ante el alumno la cuestión en sus aspectos multiformes, descienden al terreno vedado de sus opiniones personales para hacer causa común con una interpretación o con otra. Y el joven en vez de crecer en los hábitos del razonamiento propio, se habitúa a tomar para su uso personal opiniones hechas y expresiones vacías. Si este sistema es deplorable en el campo de la ciencia, es peligroso en el campo de la política. La propaganda política, aún la que se escuda en las teorías de avanzada para burlar la vigilancia de algunos, debe desterrarse de las aulas. El diploma que el Gobierno Nacional entrega cada año a jóvenes graduados es un escarnio, pues la mayoría se deja sin nombrar. No creo que el analfabetismo haya desaparecido; pero si ya las escuelas son innecesarias, los maestros están preparados para desempeñarse con fortuna en otros ramos del servicio civil.

Una de las deficiencias de más bulto en

nuestra instrucción estriba en preparar casi el 90% de los jóvenes para el 7% de las ocupaciones. El estado de cosas aquí apuntado obedece a dos causas igualmente censurables. El Estado no se preocupa, por lo general, de ofrecer más cursos que los de mayor apariencia. Por otra parte, en la juventud que se levanta no se inculca esta verdad luminosa: no hay trabajo indigno. A las escuelas del país concurren multitud de alumnos y de alumnas que al regreso de la clase sienten vergüenza de sus padres. Se sienten profundamente ofendidos en su dignidad humana si en la casa se les obliga a tomar una escoba o a fregar un piso. Como en los primeros tiempos de Inglaterra, nuestra juventud nutre un olímpico desdén por las faenas manuales. La enormidad de estos errores puede adivinarse si se medita en lo que será la República dentro de veinte años. Es tiempo, pues, de volver sobre los pasos en toda la enseñanza.

La revisión de los programas es tema favorito que los pedagogos criollos, sin excepción honrosa, han agotado ya; pero todavía

no ha venido el hombre de acción capaz de llevar a la práctica este anhelo. La universidad nacional es, según se dice por la calle, una necesidad inminente en el país; pero cuando se discute el tema se esbozan numerosas y encontradas opiniones sin llegar a un acuerdo final. Un vocero del Gobierno se asoma entonces desde su alto ventanal para comunicar a la ciudadanía asombrada que nos faltan profesores. Entonces se llega a la conclusión inevitable que la fundación es difícil y el proyecto duerme plácidamente un lustro o más; pero es a todas luces evidente que el primer requisito en el establecimiento de una organización de estudios superiores consiste en la ausencia de componendas políticas.

XII

H A C I E N D A

El sistema tributario con que se rige la República presenta todos los síntomas de una deficiente ancianidad. Crear nuevas rentas para el Estado, sin gravar injustamente la propiedad o los ciudadanos, es uno de los problemas que esperan inmediata solución. Las modificaciones que se han introducido hasta ahora no han seguido un criterio uniforme. Adolecen sobre todo de la falta más común entre nosotros, la improvisación. El país necesita un verdadero financista, que lejos de dedicar sus esfuerzos y su bilis a reducir sueldos para balancear un presupuesto, contemple y solucione los problemas realmente fundamentales.

Entre los males económicos que en cierto modo nos oprimen cada día, la presencia de los bancos extranjeros con tentáculos innumerables figura en primer orden. Al establecerse el Banco Nacional se tuvo sin duda

la finalidad de regular la economía del país para beneficio general; pero las fluctuaciones de la política han reflejado la suerte de esta institución. Las operaciones que se han efectuado por su medio; los fines para los cuales ha sido instrumento; las vicisitudes que ha sufrido en su breve existencia sirven para poner de relieve esta verdad: bajo el control del Estado, el Banco Nacional no llena su cometido. Puede que una Administración sea honrada y eficiente; puede que la Gerencia y la Junta Directiva infundan seriedad en el manejo e inspiren respeto y seguridad. Nadie logra predecir, sin embargo, el rumbo que la Administración subsiguiente llegará a imprimirle. Esta incertidumbre se refleja necesariamente sobre su crédito. Es por este motivo por lo que yo sostengo que el Banco Nacional no cumple su misión. Precisa que el Estado se avenga a poner en manos particulares la dirección de sus operaciones. Si hombres de negocios, comerciantes nacionales y extranjeros, adquieren acciones preferidas del Banco Nacional y corresponde a ellos la di-

XII

HACIENDA

El sistema tributario con que se rige la República presenta todos los síntomas de una deficiente ancianidad. Crear nuevas rentas para el Estado, sin gravar injustamente la propiedad o los ciudadanos, es uno de los problemas que esperan inmediata solución. Las modificaciones que se han introducido hasta ahora no han seguido un criterio uniforme. Adolecen sobre todo de la falta más común entre nosotros, la improvisación. El país necesita un verdadero financista, que lejos de dedicar sus esfuerzos y su bilis a reducir sueldos para balancear un presupuesto, contemple y solucione los problemas realmente fundamentales.

Entre los males económicos que en cierto modo nos oprimen cada día, la presencia de los bancos extranjeros con tentáculos innumerables figura en primer orden. Al establecerse el Banco Nacional se tuvo sin duda

rección, es natural que lo prefieran para sus transacciones y lo dirijan con acierto. El hecho que el Estado posea la mayor parte del capital invertido no implica que deba necesariamente mantener el control absoluto que le da su mayoría. Puede y debe contentarse con hacerse sentir en los debates sin adueñarse de todos los poderes. Cuando el Banco Nacional se halle establecido en esta forma, los Bancos extranjeros irán perdiendo terreno. No se trata tampoco de hostilizar instituciones de crédito por un **chauvinisme** mal entendido. Pero la verdad nos dice que los bancos extranjeros exportan capital nacional. Es una herida que desangra siempre. La depresión de 1930 nos enseña que las épocas de crisis los obligan a ejercer presiones formidables sobre los acreedores del país, con el fin de hacer frente a las obligaciones que la misma institución arrostra en otros. El análisis de su labor denota que para la agricultura nacional no han prestado la más remota colaboración. ¿Qué necesidad tenemos de instituciones extranjeras, si una ins-

titución nacional puede sustituirlas ventajosamente?

Conforme a los cálculos oficiales, la rata aproximada de plata en circulación es de B/. 2.00 por habitante, índice de excepcional pobreza, que debiera ser seis o siete veces más alto. Ello no impide que los financistas nacionales, cuando pretenden embarcar el Estado en alguna aventura, recurran a nuevos impuestos. Parecen ignorar que nuestro presupuesto calcula las entradas en B/. 15.319.447.00 para el bienio presente. Si deducimos los servicios nacionales que no son verdaderos impuestos y las rentas patrimoniales del Estado, quedan B/. 12.076.807.00. Mas de seis millones de balboas percibe pues el Tesoro Nacional en calidad de gravámenes anuales sobre una población de quinientos mil habitantes. Al descontar la población femenina, estimada en un 50% de la población global, llegamos a la conclusión de que cada habitante masculino está gravado en B/ 24.00 por año. Esto ocurre en una República carente de ejércitos, carente de marina, pobre en carreteras,

DEMOCRACIA O SOCIALISMO

casi desnuda de obras^{*} públicas y deficiente en educación. No obstante los pseudo-estadistas acarician la idea de nuevas tasas con el benemérito propósito de favorecer el país. Parecen olvidar que los impuestos directos o indirectos son verdaderos tributos que se cargan en fin de cuentas al trabajo. Pasan por alto el hecho irrefutable que la eficiencia de la administración no la ponen de manifiesto las apoteosis sino los números; y éstos dicen que el manejo de los fondos nacionales deja mucho que desear, porque a pesar de las tasas excesivas el dinero no alcanza para atender necesidades apremiantes.

El más sereno estudio del Presupuesto Nacional descubre verdades insospechadas. El presupuesto que rige hoy comienza el 1o. de enero de 1935 y fenece el 31 de diciembre de 1936. De las partidas asignadas a las Secretarías, la más voluminosa corresponde a Gobierno y Justicia. Ascende a B/. 3.464.802.00 o sea 92% de la misma partida que figura en el presupuesto de 1929 a 1931. Cualquiera se preguntaría la razón de esta

analogía. La respuesta viene de sus diversos móviles. El mayor número de empleados se encuentra en la Secretaría de Gobierno: abarca la Policía y los Telégrafos; los Gobernadores, los Alcaldes y su séquito de ayudantes; el Poder Judicial y el Poder Legislativo. Lo que entre nosotros se llama "la política" florece bellamente en este departamento. Para la Policía Nacional se ha votado más de un millón de balboas en el bienio. Para gastos de "uniforme, alojamiento, medicinas, ETC." hay una partida nueva — que no aparece en los presupuestos anteriores — de B/. 80.000.00. Para la compra de "placas, cadenas, armas y demás gastos de material, etc." el presupuesto anterior dedicaba la suma de B/. 25.000.00. En el nuevo presupuesto esta cantidad ha sido aumentada a B/. 45.000.00. Y qué, ¿se acerca acaso algún conflicto con Colombia o Costa Rica? ¿Qué significan estas partidas para armas? Si no se contempla una expedición punitiva a alguna comarca del globo, ¿contra quiénes se usarán? La respuesta es clara. Son armas fraticidas. Mientras el pre-

supuesto anterior señalaba la suma de B/. 550.090.00 para pagar los sueldos del cuerpo, el presupuesto vigente concede B/. 1.059.000.00.

Se habla con frecuencia de la eficiencia en que ha sido colocado este Gobierno. Por servicios de correos, de telégrafos y por sobreporte telegráfico, el Fisco percibe en el bienio alrededor de B/. 226.800.00. Administrar y mantener estos servicios cuesta al Gobierno Nacional la respetable suma de B/ 726.032.00. Hay, pues, una pérdida neta de B/. 499.232.00 en esta sección. No obstante semejantes erogaciones, la entrega de correspondencia a domicilio y los giros postales son todavía hoy problemas no resueltos. Para enviar telegramas a establecimientos comerciales, hay que registrar la dirección. No obstante semejantes cifras, abundan funcionarios oficiales que “apoyan” la idea que el Estado **administre** empresas privadas para “beneficio general”.

Mientras el presupuesto anterior señalaba una partida de B/. 24.150.00 para gastos imprevistos, el presupuesto que estudiamos

vota una partida de B/. 85.000.00. Mientras el Secretario de la Asamblea Nacional devengaba en 1929, período de relajitos democráticos, el sueldo de B/. 180.00 mensuales, ahora devenga B/. 200.00.

Un país que no tiene ejército legalmente establecido; que carece de flota mercante, no digamos de guerra; que no prepara con-fabulaciones bélicas ni sostiene un servicio de espionaje mundial, tiene la obligación tácita de aplicar la mayor parte de sus recursos a la instrucción y a las obras públicas. Lo que el presupuesto fija para estas necesidades nacionales no llega a ser el 38% del total. El 62% que hace falta se va en otros gastos.

XIII

RELACIONES EXTERIORES

Panamá se ha dado el lujo de mantener el cuerpo diplomático más pobre de la tierra. Hemos acreditado legaciones en las capitales europeas más bien que en las capitales americanas. Más distamos de San José de Costa Rica que de París. Nuestras relaciones ideológicas, literarias, políticas y morales con los países latinoamericanos son imaginarias. Ni los conocemos ni nos conocen. Nos hemos rodeado por una muralla más impenetrable que la china. La labor de algunos representantes no fructifica porque no encuentra respaldo. No somos suficientemente fuertes ni suficientemente ricos para continuar así.

Tampoco hemos aprendido a discernir el cubileteo de la diplomacia. Hemos adoptado el sistema norteamericano de distribuir legaciones como botín político. Nuestros cónsules se imaginan que van al exterior por

un período de descanso. No hemos instituído todavía un curso de carácter universitario para atender estos servicios. Los representantes panameños que hablan dos lenguas pasablemente se encuentran en escasa minoría. No comparto el criterio de algunos montañeses que por innecesarios abolirían el cuerpo consular y el diplomático; pero no puedo menos que reconocer la justicia de las críticas por su funcionamiento.

Falta entre los círculos dizque cultos el sentido de la política internacional. No hemos logrado comprender todavía la naturaleza de los imperialismos. El imperialismo no es la característica de uno sino de muchos pueblos. Existe el imperialismo del dólar como el imperialismo de la idea. Es simplemente la afirmación del más fuerte en un campo cualquiera de nuestras actividades*. En el caso de los Estados Unidos, su

* El imperialismo no es, pues, ni una cuestión de raza, ni una cuestión individual o de partido: es una ley natural de expansión a la cual obedece y obedecerá ineludiblemente toda economía nacional triunfante dentro de la lucha de la economía mundial. Es una ley de crecimiento que pasa por encima de las aduanas, de los orgullos nacionales y hasta de las soberanías. — Octavio Méndez Pereira. "Fuerzas de Unificación".

imperialismo es una necesidad de su industria y de su comercio, en los cuales palpita, como en todo organismo vivo, el deseo de superación. En igualdad de condiciones, no seríamos imperialistas? Ningún resultado práctico podemos derivar con invectivas al respecto; mucho ganaríamos con dedicar las energías en imitarlos.

Quienes por mi discurso al presidente Alfaro el 17 de julio de 1932, piensan que soy enemigo de los norteamericanos, no entienden los problemas de la Patria como no me entendieron a mí. Procedamos despacio. Yo no estoy adulterando el sentido de las palabras en nombre del tacto internacional ni ensayo piruetas de político en busca de reconciliación. Nada me impedirá, sin embargo, proclamar abiertamente mis ideas. Ante los norteamericanos me descubro. Agradezco las lecciones de laboriosidad, de eficiencia, de perseverancia que nos dictan a menudo, más con el ejemplo que con las palabras. Me complazco en reconocer públicamente la deuda de gratitud que hemos contraído con su pueblo. Con su pueblo, he di-

cho: no con sus políticos. Algunos de estos "politicians" no han satisfecho. A despecho de ellos, no comparto el obtuso criterio de los que claman por un antagonismo sistemático, por una hostilidad pueril con el Gobierno de los Estados Unidos. Semejante política puede halagar los sentimientos de la muchedumbre, pero sólo acarrearía perjuicios al país. Abogo por la cordial comprensión de los intereses que afectan a las dos naciones; pero no ignoro tampoco que la comprensión y la cordialidad son expresiones fugaces, condenadas a la habitual hipocresía de los discursos o relegadas a la dudosa sinceridad de los programas, mientras el Gobierno Americano no repare todas y cada una de las injusticias que se han cometido con nosotros. No es un favor; es un deber.

Es cierto que en ocasiones la injusticia ha tocado los linderos peligrosos de la imposición. Poco a poco en algunas capas de la sociedad se ha ido infiltrando la convicción que los Estados Unidos encarnan al más implacable de nuestros enemigos. Precisa detenerse a meditar este punto. ¿Sería justo

atribuirles totalmente la culpa de nuestra situación? La responsabilidad histórica exige aquí también un examen de conciencia nacional. Los errores sólo se enmiendan cuando se conocen. La incesante politiquería que ha venido distinguiéndonos; la falta de seriedad en nuestros funcionarios y en nuestras instituciones; las debilidades, las claudicaciones y las apatías son en gran parte responsables. Puede que mis líneas desagraden al grupo bullicioso de los nacionalistas intolerantes o a la còfradía presuntuosa de los estadistas; pero en mi concepto, ésta es la verdad y ésta la situación.

Ello nos conduce en seguida al campo llamado espinoso de los convenios internacionales. Con relación a los tratados, yo sostengo la tesis genuinamente conservadora. Para mí los pactos que se firman, buenos o malos, se respetan. Un país serio no sigue otra política. En el curso de los años se evidenciarán sus deficiencias; y si conviene prorrogarlos, será cuestión de firmeza introducir las rectificaciones necesarias. Hay, sin embargo, excepciones. Si adolecen de

vicios tan burdos como los que contiene el Tratado del Canal, es necesario modificarlos o en caso extremo invalidarlos. El país no puede sucumbir por los errores de algunos personajes. Sin embargo, la arbitrariedad que un Gobierno poderoso ejerce cuando interpreta a su antojo la letra o el espíritu de un contrato, remonta muchas veces sus orígenes hasta las indecisiones de la nación menos poderosa. Los tratados que demarcan nuestros confines geográficos deben ser firmados una buena vez. Dejemos la costumbre de hacer frases sin sentido. Costa Rica y Colombia son nuestros hermanos. Terminemos el fastidioso pleito de los límites en un limpio espíritu de fraternidad para que los hechos comprueben las palabras. Cambiemos cada año 25 becas para maestros con los gobiernos de Colombia y Costa Rica y robusteceremos los vínculos.

XIV

CONCLUSION

Cada panameño está en el deber de meditar sobre los males que afligen al país, no para escribir libros como éste, sino para prestar su hombro a remediarlos. Todo lo que vaya en menoscabo de la cordialidad y la unidad de la familia istmeña nos perjudica en modo irreparable. Los más grandes enemigos del país son para mí aquellos que dividen a sus hijos en bandos hostiles.

Los pueblos se dan la forma de gobierno que merecen porque los pueblos tienen en sus manos sus destinos. A nosotros nos ha correspondido el privilegio de labrar la suerte futura de la República. Es una responsabilidad. Con odios y con palabras no se construye más que la maldad y la miseria. La unión y el trabajo son en cambio las armas portentosas de los pueblos viriles. El tiempo dirá las que hemos adoptado.

Los momentos que atraviesa el país son

momentos solemnes porque en ellos se escriben páginas de historia. Los varios problemas que por años y años han aguardado pacientemente una solución, hoy nos sofocan y la reclaman en modo perentorio. Dondequiera que volvamos los ojos hemos de hallar las mismas cuestiones con matices cada vez más hoscas.

Si la democracia no deja de ser entre nosotros un estribillo barato para convertirse en una majestuosa realidad; si al despotismo de un solo hombre no sucede, por educación del pueblo y por decencia del espíritu, el ejercicio de las más amplias libertades cívicas; si la Patria ha de carecer todavía de normas prácticas sobre trabajo y justicia social, entonces es probable que ocurran derramamientos de sangre panameña, en un esfuerzo infructuoso cuanto airado por implantar la dictadura de una clase en el país.

De una situación tan deplorable todos seríamos en cierto grado responsables. En su veredicto final la Historia no hará sino contadas excepciones, pues tolerar que nuestra tierra se desangre en toda suerte de rencores y se debilite por un clásico **wu-wei** en-

traña la condena de sus hijos que piensan. Sobre el diminuto país la casualidad se ha complacido en derramar los más apetecidos dones. Cuenta Panamá con lo necesario para que cada ciudadano lleve una vida laboriosa y tranquila, remunerada en justicia. La situación geográfica nos garantiza los beneficios de la civilización. La escasa población puede preocupar a los militaristas, para quienes la ofensa y la defensa de un país son razones legítimas de insomnio; pero en Panamá nos facilita el medio de alcanzar una elevada rata de riqueza individual. En vez de ventilar los problemas de una inmigración indeseable, cuyos cromosomas resulten nocivos y cuyos resquemores ocasionen trastornos, dediquémonos a fortalecer las generaciones que vendrán y a prolongar la vida sana de las actuales. La reorganización de las finanzas del Estado; la depuración de las prácticas políticas; la seriedad y el trabajo como normas de conducta, pueden lograr para la pequeña República dos bienes inestimables: la tranquilidad interna y el respeto del orbe. Merecerlos: hé aquí el único camino.

INDICE DE MATERIAS

PRIMERA PARTE

I — Socialismo y Capitalismo.....	7
II — Las justificaciones de Marx.....	15
III — Cuestiones económicas.....	21
IV — Las ventajas del Socialismo.....	29
V — La Libertad vive en Rusia.....	35
VI — El Imperio de los Incas.....	41
VII — El Kremlin nido de palomas.....	47
VIII — La fábula roja.....	53
IX — Problemas no resueltos.....	59
X — El Estado, propiedad de los políticos...	73
XI — Lo que opina Stalin.....	77
XII — El balance del Socialismo.....	83

SEGUNDA PARTE

I — Sur América.....	87
II — La Democracia	95
III — Panamá, ¿Rusia chiquita?	105
IV — La responsabilidad histórica.....	113
V — El Socialismo en Panamá.....	121
VI — ¿Qué quiere la República?.....	129
VII — La campaña	135
VIII — Distribución de tierras.....	139
IX — Agricultura y Obras Públicas.....	151
X — Gobierno y Justicia.....	155
XI — Instrucción Pública	161
XII — Hacienda	165
XIII — Relaciones Exteriores	173
XIV — Conclusión	179

